

HISTORIA DE MIS FANTASMAS, DE MI CUERPO Y DE MI SANGRE

(LÍNEA DE INVESTIGACIÓN-CREACIÓN)

Presentado por:

JORGE ELIÉCER GONZÁLEZ HERNÁNDEZ



UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA Y TECNOLÓGICA DE COLOMBIA
FACULTAD DE CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN
MAESTRÍA EN LITERATURA
TUNJA, BOYACÁ
2020
LÍNEA DE INVESTIGACIÓN-CREACIÓN

HISTORIA DE MIS FANTASMAS, DE MI CUERPO Y DE MI SANGRE

Lic. JORGE ELIÉCER GONZÁLEZ HERNÁNDEZ

Maestrante

Dr. WITTON BECERRA MAYORGA

Director



Trabajo de grado presentado como requisito de grado para optar al título de
Magíster en Literatura

UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA Y TECNOLÓGICA DE COLOMBIA

FACULTAD DE EDUCACIÓN

MAESTRÍA EN LITERATURA

TUNJA, BOYACÁ

2020

HISTORIA DE MIS FANTASMAS, DE MI CUERPO Y DE MI SANGRE

NOTA DE ACEPTACIÓN

Firma del presidente del jurado

Firma del jurado

Firma del jurado

Tunja, día _____, mes _____, año _____.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a cada uno de los docentes de la Maestría en Literatura por haberme dado las herramientas suficientes para adentrarme en el mundo de la investigación y la escritura creativa, ya que, con esto, he tenido la posibilidad de reconocer de una manera más acertada el entorno que me rodea y he podido reconstruir las bases endebles que antaño reglamentaban mi vida. Agradezco especialmente a mis padrinos Dolly Camacho y Manuel Caicedo; a los profesores Juliana Borrero, Rubén Muñoz y Witton Becerra; a mis amigos y compañeros de estudio Allison González, Andrés Borja, Eliana Pinto, Harold Sánchez, Juliana Vergara, Yamile Vanegas y a todos aquellos que desde un principio creyeron y confiaron en mis capacidades literarias y que, de muchas maneras, me dieron fuerzas para no decaer en este arduo e indispensable quehacer con las letras.

DEDICATORIA

Dedico este trabajo a la familia Caicedo Camacho; en especial a mis padrinos Dolly Camacho y Manuel Caicedo, y a sus hijas Laura Caicedo Camacho y Natalia Caicedo Camacho, quienes, desde mi adolescencia, me brindaron su apoyo incondicional e incentivaron en mí el amor por la lectura, la escritura y la academia; gracias a ellos, mi vida tomó el mejor rumbo posible y, actualmente, puedo decir que soy quien soy gracias a su sabiduría, paciencia y consejos de vida.

*Dogmático fue ya nuestro ingreso en el mundo:
una palabra incuestionable designó, valoró y configuró
la imagen primera de la realidad y de nosotros mismos;
la palabra de un ser supremo, objeto de todo, de la identificación,
de la necesidad, del amor, del deseo, de la demanda,
de la hostilidad.
Estanislao Zuleta*

*Tengo que hallar una verdad para mí,
Encontrar esa idea por la que quiero vivir y morir.
Kierkegaard Soren*

Contenido

Introducción	9
Cicatrices.....	14
Mentira	14
Cuaderno de notas.....	28
Enigma.....	75
En hombros de gigantes	88
Sexo y consciencia	88
El cuerpo, el dogma y las letras.....	95
Mi cuerpo, mi texto.	95
La historia no miente	99
Sexo y Libertad	102
Las letras y el catolicismo	106
Piedra y cincel	110
El cuerpo consciente	110
La construcción del molde	117
Conclusiones	125
Referencias.....	127

Introducción

Cicatrices es una apuesta creativa apoyada, sobre todo, en la teoría que Gilles Deleuze construye acerca de la memoria, los signos y el aprendizaje que se logra obtener a través de la observación del pasado. Este trabajo se realiza debido a la necesidad de explorar estéticamente la influencia del catolicismo en la estigmatización del cuerpo sexuado y el deseo. Para este propósito, se presenta un *Cuaderno de notas* en donde se aprecia la relación directa de un escribiente particular con el catolicismo y la lucha constante del personaje con los preceptos morales que dicha religión ha impuesto en su consciencia y que con el pasar de los años reprimen su cuerpo y sus ideas.

En el cuaderno, podemos ver que, desde la niñez del diarista, la religión católica ha sido una fuerte influencia en la toma de sus decisiones; de la misma manera, a lo largo del texto, apreciamos una suerte de evolución ideológica en donde el escribiente, poco a poco se “desprende” del dogma que le aqueja y que restringe su libertad. Finalmente, se presenta a un hombre adulto, demacrado por el vicio y la vida que no puede soportar a causa de sus propias contradicciones sobre el amor y la libertad; aquí vale la pena detenernos un poco, puesto que es esta idea la que recoge la mayor parte apuesta de escritura.

Como corroboramos en el diario, Alberto se encuentra en una encrucijada; por un lado, está mediado por una suerte de donjuanismo que quiere poseer otros cuerpos sin restricciones morales como la monogamia o la fidelidad, este cuerpo es el que sigue el instinto, el que quiere zafarse de todo tipo de paradigma social para encontrar la libertad; por el otro, está el cuerpo adoctrinado, el monógamo amante que quiere ser amado por una sola mujer, Sofía. En esta contradicción se debate nuestro personaje: ama a Sofía y la quiere solo para él, por ello, no puede aceptar la posición de esta mujer que no tiene inconvenientes en relacionarse sexualmente con otros hombres mientras está con él, así que prefiere alejarse porque así no se sentirá traicionado y tampoco robará la libertad de la mujer, libertad que él mismo busca y que le cuesta alcanzar. De la misma manera como Alberto anhela su libertad, la quiere para los otros; no se atreve a exigir fidelidad porque, de lo contrario, estaría

faltando a sus convicciones libertinas y caería en las fauces del paradigma represivo que tanto le ha costado refutar, y aunque no está escrito literalmente en la obra, este subtexto pretende ser claro; Alberto, sumido en sus reflexiones, no asume una posición firme sobre su cuerpo, le cuesta decidir cómo vivir, así que se deja arrastrar por el sinsentido y el vicio, este es el resultado de su dogmático pasado en pugna con su caótico presente.

A esas alturas, el lector habrá caído en la cuenta de que nuestro personaje, no es más que una muestra de una sociedad reprimida que clama por el libre pensar y el libre actuar; así, uno de los objetivos principales de esta apuesta creativa es lograr que el lector perciba la influencia negativa del dogma católico en la sociedad, representada en Alberto quien aún con la idea del cuerpo que desea libertad, es incapaz de liberarse de las cadenas opresoras que durante gran parte de su vida le han dictado cómo vivir.

Para la escritura de esta obra, desde el principio, era clara la intención de escribir un diario, puesto que esta herramienta creativa permitiría, además de jugar con elementos como la voz en primera persona, el flujo de conciencia, los saltos en el tiempo mediados por las diferentes etapas del diarista y su evolución de escritura y pensamiento, daría espacio para la búsqueda de la veracidad en lo que se contaría; aún así, esto no fue lo primordial, el diario debía ser parte de un cuento que diera cabida a su lectura, es allí donde interviene Sofía en *Mentira*, esta historia se convierte en la excusa perfecta para adentrarnos en el diario, ya que si el lector logra conectarse con esta mujer en las primeras páginas con todo y sus virtudes y defectos, querrá leer con ella el *Cuaderno de notas*, conocer a su amante y mirar qué sigue.

El primer capítulo de la obra se titula *Mentira* ya que este recoge la idea general de lo que en él se pretende mostrar; allí, Sofía, por medio de sus reflexiones y experiencias de vida, deja claro el matiz hipócrita y hediondo de una sociedad que solo se interesa por la apariencia y el bien individual; luego viene el *Cuaderno de notas*, el diario de Alberto que encuentra Sofía y del que se habló previamente; en él, aunque Sofía no encuentra una respuesta certera sobre la muerte de Alberto, sí corrobora el amor correspondido que ha perdido; finalmente, está *Enigma*, capítulo

titulado de esta manera ya que allí se pretende que el lector junte adecuadamente las piezas del rompecabezas, resuelva la suerte de Alberto, se pregunte si su muerte fue un suicidio o un asesinato, en lo posible que se devuelva en la lectura y se responda con seguridad.

Como se planteó anteriormente, la motivación para la escritura de esta obra, fue la necesidad de explorar estéticamente el problema de la represión del cuerpo sexuado, puesto que, teniendo en cuenta los diferentes paradigmas sociales y religiosos con los que se pretendía trabajar y, luego de haber analizado concienzudamente la problemática, saltó a la vista el hecho de que, al respecto, el catolicismo es uno de los factores más influyentes en este aspecto y lejos de querer seguir en el mismo círculo vicioso de nunca acabar, floreció la necesidad de entender el tema a profundidad y plantear esta propuesta que, sobre todo, busca reventar cadenas opresoras.

Así, lo primordial era ubicarse en *Hombros de gigantes*, en este capítulo se contextualiza la relación del autor con el mundo de las ideas, en él se explica claramente cómo venimos al mundo con normas que debemos seguir al pie de la letra para no desencajar en nuestro círculo social. De la misma manera, se plantea el hecho de que existen ciertos sujetos que, por medio de la observación y el análisis de dichas leyes, deciden salir del cascarón y probar algo nuevo, ya que las reglas que dominan sus vidas no los convencen ni les brindan felicidad. Aquí, se desnudan unos que se dejan llevar por la corriente y otros más exigentes que, luego de haber luchado contra sus demonios, deciden hacerle frente a la vida y buscan sus propias verdades. Este apartado es relevante en la medida en que permite ver un análisis cuidadoso sobre la idea que se quiere trabajar para, de la mano de la literatura, tomar decisiones acordes a las necesidades del autor y su apuesta estética.

Seguidamente, en *Mi cuerpo, mi texto*, el trabajo se enfoca en la relación directa del cuerpo y el arte en aras de ver qué es el cuerpo y qué significa entenderlo en la literatura; aquí, vemos una clara necesidad del mismo y de sus experiencias sensuales que necesitan de los artificios literarios para complementarse y reconocer su lugar; además, en esta parte se deja claro que, el artista, aunque mediado por

ciertas normas morales que obstaculizan sus deseos, encuentra en la literatura la puerta que le permite avanzar hacia la libertad.

En *La historia no miente*, se muestra cómo por medio del poder político y religioso, los discursos y creaciones artísticas han sido mediados por intereses particulares que coartan el libre pensar y actuar del cuerpo sexuado y en consecuencia han provocado la evolución de un pensamiento machista, misógino e individualista del que pocos apenas tienen conocimiento. Así, el propósito principal de este apartado es sacar a flote estas inconsistencias que limitan la palabra y proponer una visión más fiel con las intenciones del artista, lo cual, indudablemente, ofrece bases firmes para dejar fluir la pluma en esta apuesta.

En *sexo y libertad*, la preocupación es entender algunas de las razones por las cuales el cuerpo y el deseo han sido enclaustrados en paradigmas religiosos, sobre todo, para restringir su libre actuar; este acercamiento permite observar más a fondo la manipulación ideológica que los actores artísticos han padecido. Además, se desarrollan las ideas de la poligamia o el poliamor, esto como contra postura a la restrictiva monogamia impartida por la fe católica, y se hace con el fin de adentrarnos de lleno en uno de los objetivos principales de esta apuesta que, como se ha dicho, busca desprenderse de normas morales religiosas que en nada concuerdan con los intereses del autor para plantear de manera clara su deseo artístico.

Como apartado final de *El cuerpo, el dogma y las letras*, en *Las letras y el catolicismo*, los esfuerzos están centrados en mostrar algunos textos literarios fuertemente ligados a la religión católica para, con ello, demostrar la viabilidad de la obra aquí propuesta que, sin más, expone en sus dos personajes principales, Alberto y Sofía, las consecuencias nefastas del dogma arraigado en la sociedad.

En el capítulo metodológico titulado *Piedra y cincel*, el trabajo explora cada una de las herramientas utilizadas en la construcción del cuento presentado, entre ellas y la más sobresaliente, se presenta la teoría que Gilles Deleuze, de la mano de la obra de Marcel Proust, facilita sobre la memoria y la búsqueda del tiempo perdido, con el fin de encontrar un aprendizaje que pretende desprenderse de los paradigmas sociales que permean la visión del autor; así, el objetivo aquí no es la mera

rememoración de vivencias sino reconocer lo que se ha perdido en ellas y así darle cabida a la aprobación o refutación de la hipótesis central en la cual se percibe una fuerte influencia del catolicismo en la represión del cuerpo. Así mismo, se muestra el andamiaje en el que está construida la obra; elementos como los diálogos fluidos, los narradores en primera y tercera persona, el diario que permite el flujo de consciencia y el escribir por escribir, el tono, el efecto, la caracterización de los personajes, entre otros; todos ellos, elementos que en conjunto le dan vida a esta nueva propuesta estética.

Cicatrices

Mentira

Amanece; víctima del insomnio, Sofía permanece sentada en la cama, abrazada a sus rodillas, sin apartar la mirada del rostro somnoliento de Miguel.

– El amor, la juventud y la belleza son pretextos de la naturaleza para asegurar la reproducción de la especie –parafrasea Sofía, pensativa.

– ¿Qué dices? –pregunta Miguel, y enciende un cigarrillo.

– Dices que me amas; pero, realmente, ¿qué es lo que amas de mí?

– Me gusta tu amanecer.

– ¿Por qué yo y no otra?

– Bueno... nos llevamos muy bien, eres brutal en la cama, ¿qué quieres que te diga?

– ¿Te acostarías con otra persona aun estando conmigo?

– Sabes que no, ¿a qué viene todo esto?

– ¿Te gustan los hombres?

– ¿Qué? –Miguel deja el cigarrillo en el cenicero de la mesa de noche y mira a Sofía con atención.

– Respóndeme.

– No –dice con seguridad.

– No me respondas todavía, piénsalo muy bien, ¿has tenido alguna experiencia homosexual... en tu juventud... tal vez en tu niñez?

– No sé qué tramas, pero no necesito pensarlo.

– ¿Y las mujeres, te gustan?

– Me fascinan.

- ¿Cómo te gustan?
- Así, como tú –afirma Daniel señalando a la mujer con las palmas hacia arriba.
- Así como yo, ¿cómo?, ¿te refieres a mi cuerpo?
- Sí, mmm... un poco, las rubias me encantan; pero eso no es todo, tu risa, tus modos, toda tú, me gusta tu conjunto.
- Hay muchas como yo.
- Sí, de acuerdo, parecidas, pero la única Sofía eres tú, no hay otra igual.
- Si no te hubieras encontrado conmigo estarías con alguien más.
- Probablemente.
- ¿Otra rubia?
- Quizás.
- ¿Y las negras, te gustan?
- Algunas.
- ¿Ves? Nuestra esencia es polígama. Cuando nos preguntamos si nos gusta alguien nos proyectamos en plural, no nos gusta solo un hombre o una mujer, nos gustan muchos otros cuerpos.
- ¿Estás con alguien más?
- No me harás una escenita de celos, ¿verdad? –Sofía ríe y lo besa –dime, ¿te gusta otra chica?
- Estoy contigo.
- ¿Qué piensas de Lorena?
- ¿Qué quieres escuchar?
- ¿Te parece linda?

- Ella está con Ricardo y yo contigo.
- Voy a tomar eso como un sí.
- Bueno... es linda.
- ¿Te acostarías con ella? Solo haz de cuenta que la conociste antes que a mí.
- ... Sí, lo haría.
- Y la amarías.
- Eso creo.
- ¿Y a Marlén?
- ¿La señora de la puerta?
- Sí.
- Claro que no, ja, ja, ja, ¿cómo crees?
- ¿Qué te lo impide?
- Ella me duplica en edad, podría ser mi madre y... es doña Marlén, Sofía.
- Pero no es tu madre, es mujer y a ti te gustan las mujeres.
- Sí, las mujeres cercanas a mi edad.
- Eso es otra estupidez.
- ¿A qué viene todo esto?
- ¿Estás de acuerdo en que la monogamia es una mentira que debemos erradicar de nuestra mente idiota?
- Entiendo que el instinto sexual es un impulso que debemos manejar, eso es lo que nos distingue de los animales.
- ¿Y eso te lo dijo el padrecito Javier?, ¿el pedófilo?

- Nunca se le demostró nada, pensé que ese tema estaba olvidado.
- A eso estamos acostumbrados en este país del sagrado despechado: a olvidarlo todo.
- ¿Qué te pasa?
- Me pasa que estoy aburrida de tanta mierda –Sofía se levanta de la cama y se dirige al baño; las cicatrices que atraviesan su espalda contrastan con su belleza natural. En su adolescencia sufrió un accidente que casi termina con su vida: mientras la llevaban al colegio, su padre perdió el control del vehículo y se fueron montaña abajo, allí murieron sus padres y su hermano menor; había quedado sola, con un cuerpo destrozado que seguramente muchos rechazarían. Miguel la observa, detalla sus heridas y la adora aún más.

Sofía siempre se dejó llevar por la corriente, ante los ojos de sus padres era la niña abnegada con las mejores calificaciones, sobresalió en natación, vóleibol, atletismo y ajedrez, y nunca hubo queja alguna de ella en el colegio. Para los conocidos y amigos de sus padres era el mejor partido que sus hijos pudieran desear: era la más bella y encantadora de su círculo social; en las reuniones destacaba por sus inteligencia y sobriedad; aunque para las mujeres era el hazme reír debido a sus gestos casi masculinos. Nunca se le vio en la iglesia; eso era algo secundario: “la juventud de ahora es un tanto revolucionaria, pero Dios ya le mostrará el camino” – según se decía–, así que no había tenido la necesidad de sacar a relucir su ateísmo.

En su madurez, recorrió las habitaciones de muchos de sus allegados, pero a ninguno amó, hasta que conoció a Alberto por casualidad; un hombre que se destacaba por su figura a la que muchas querían sacarle una semilla; tenía casi dos metros de altura, brazos macizos, mirada profunda y voz firme, la barba descuidada le cubría la mitad del rostro y buena parte del cuello; asistía a cualquier tipo de fiesta y en general, no se le veía hablar con nadie.

El día del primer encuentro, era el cumpleaños de Carla, una adolescente que, guiada por los vicios de la buena vida, decidió abrirle su virginidad a un par de proxenetas que le pagaron muy bien y desde entonces olvidó todo lo demás, para convertirse en

la más atrevida de los libertinos de la ciudad. La fiesta se celebró en el bar de Mariela, matrona de muchas mujeres dedicadas al placer nocturno. Alberto, como de costumbre, estaba sentado en un banco en una de las esquinas del lugar, desde donde tenía el panorama general. Esa noche, Sofía llegó imponente, se ubicó en una silla alta de la barra y pidió un cuba libre; Alberto, absorto por la belleza indiscutible de la mujer, la siguió con la mirada y esperó un tiempo considerable; luego, se acercó al deejay, pidió un mix de rock and roll de los cincuentas, que sonó al instante y sin rodeos la invitó a bailar; ella aceptó con desgano sin tener consciencia de la nueva historia que en su vida se empezaba a entretener.

Miguel, por su parte, creció en un entorno conservador y aunque es consciente de los numerosos amores fugaces de Sofía, guarda la leve esperanza de que algún día, debido a su constancia, ella recapacite y lo acepte en el sagrado matrimonio que tanto anhelan sus padres. Se imagina una familia numerosa y feliz, quiere devolverle la tranquilidad que ha perdido; pero las ideas libertinas de Sofía lo devuelven a la realidad. Sabe que en algún momento ella se irá; así, sin más, y él no podrá hacer nada; está preparado, o eso cree. Pensando en ello, se levanta, cambia las sábanas, tiende la cama –como bien se lo enseñó su madre–, prepara jugo de naranja, sándwiches sencillos y café; ahora espera a Sofía en el mesón de la cocina.

– Dale de comer a la perra –grita Sofía desde el baño.

Luna, la perra que hacía tres años le había regalado Alberto en su cumpleaños número veinte, dormita en uno de los destrozados sofás. Daniel le sirve agua y purina; la perra, al escuchar el golpeteo constante de las pepas que caen en el recipiente, llega al instante batiendo su cola, se come unas cuantas, y al advertir la presencia de su dueña que sale del baño, acelera el batir de su cola y la saluda en dos patas; Sofía le agarra la cabeza, la cuchichea y le besa la frente.

– Tienes que irte –se dirige Sofía a Miguel.

– ¿Ahora?

– Sí, tengo que salir.

- Creía que hoy estaríamos juntos.
- Discúlpame, ¿lo podemos dejar para mañana?
- ¿Qué harás, a dónde vas?

Sofía mira a Miguel fijamente.

- Está bien –responde este sin insistir –, aprovecharé para visitar a mis padres.
- Saludos a los suegros –dice Sofía; enseguida, se pone unas bragas negras y marca sus labios rojos en la mejilla izquierda de Miguel.
- Te prepararé desayuno, ¿te acompaño?
- No –dice ella secamente.

Miguel se baña, se viste la misma ropa del día anterior, recoge el reloj, la billetera, las llaves del mazda y los cigarrillos Marlboro de la mesa de noche, toma de los brazos a Sofía que está sentada frente al espejo arreglando su cabello y sin mencionar una palabra sale del apartamento. Sofía cubre con sábanas los muebles destrozados por su mascota, se toma el jugo de naranja preparado por Miguel, enciende un cigarrillo y se asoma a la ventana a observar el apartamento de Alberto que, abajo, se ve. Luego de unos minutos tocan la puerta; Luna ladra con euforia. Sofía, aún en la ventana, sale de su abstracción y arroja por la ventana la colilla consumida hasta la mitad. Es un hombre de mediana estatura, de cabello corto y mentón despejado, viste un jean negro, camisa azul oscura de mangas largas y zapatos de charol, los lentes grandes y el cabello peinado hacia atrás le dan un tinte de bibliotecario. Sofía se hace a un lado y el hombre entra; en su caminar deja ver la inutilidad de su brazo derecho.

- Estaba a punto de salir, creí que ya no vendría –asegura Sofía.
- ¿Crees que lo iba a dejar pasar? –Dice el hombre–, por fin me aceptas.
- Necesito dinero.
- Puedo darte todo el que quieras, solo di cuánto.

– No quiero deberle nada a nadie, terminemos con esto.

El hombre no se hace de rogar, pone el revólver en el suelo, se deshace de su pantalón e interiores, Sofía lo masturba con la mano y le pone un condón mediano; el hombre, impaciente, le sube el vestido, le baja las bragas y luego de estimularla a sus anchas con la lengua, la penetra. Luna salta a la cama e intenta jugar, Sofía la acaricia mientras el hombre termina.

– Baja la perra –dice el hombre.

– Sofía no para de acariciarla.

El hombre eyacula y se recuesta al lado de Sofía, Luna le lame la cara.

– Quítame esa perra de encima antes de que la coja a plomo –grita el hombre.

– Primero me mata a mí –responde Sofía y la baja de la cama –¿qué se siente matar?
–pregunta la mujer.

– Coge el arma –dice el hombre.

Sofía lo mira. El hombre se levanta, se quita el condón y se limpia con un pañuelo que bota a cualquier parte, se viste, arregla su camisa dentro del pantalón y se peina, recoge el revólver del suelo y se lo pasa a Sofía

– Dispara –dice.

Sofía apunta al centro del pecho. El hombre la corrige y sosteniendo el brazo de ella apunta hacia su frente.

– Aquí, dispara, un tiro en cada lado de la cabeza, así estarás segura de que moriré –dice mirándola fijamente.

Sofía baja el revólver –necesito el dinero –confirma.

El hombre coge su billetera y tira varios billetes sobre la cama –es más de lo que necesitas –dice –ahora, dispara.

– No soy una asesina... ¿no teme morir?

- Le temo más a mis muertos.
- ¿Cuántos son?
- ¿Cuántos han estado en tu cama?
- ¿Cree que los voy anotando en un cuadernito? ¿Cómo podría saberlo?
- Es lo mismo con esto; empiezas, y cuando te das cuenta, te absorbe; solo quedan los rostros que no te dejan dormir; el tiempo borra los números.
- ¿Cómo se jodió el brazo?
- En la cárcel, me querían matar; pero no era mi momento, los malos también tenemos nuestra virgencita. Me cogieron a cuchillo, una puñalada dio en el pecho, las otras en el brazo –el hombre se desviste y muestra las heridas –pero los hijueputas no vivieron para contarlos –dice.
- ¿Cómo es que hay armas en la cárcel? Por lo que sé, allá se sabe hasta si se caga duro o blandito.
- El tigre no es como lo pintan, en la cárcel se mueve mucho billete, encuentras de todo, y cuando por alguna circunstancia no se puede hay que ser recursivos, solo es cuestión de meterse un tubo de pvc por el culo y ahí cabe cualquier cosa. El caso es que los maricas que me enviaron eran tontos sin experiencia, ni apuntaron bien ni les echaron mierda a las latas.
- ¿Mierda? –pregunta Sofía interesada.
- Es lo más letal en una herida abierta, pero arriba está Dios, yo sé, él me protege y cuando me llame pues me iré. Por eso no me mato, mi Dios lo perdona todo, menos el suicidio, eso es lo más deprimente y estúpido que puedes hacer.
- ¿Cómo los mató?
- Se los encargué al patrón, él esperó que salieran de la cárcel y los quemó con corriente en la güevas. Ja, ja, ja –ríe el hombre. –Veo que no me tienes miedo.

- ¿No le preocupa decirme todo esto?
- Tú y yo somos iguales...
- Yo no mato a la gente ni creo en pendejadas etéreas.
- Más difícil para ti, yo tengo conciencia de mi eternidad y eso me das paz.
- ¿Parecidos en qué? –pregunta Sofía.
- Somos como estrellas de rock, le gustamos a la gente así no amemos a nadie.
- Yo amo a muchos, amo sus cuerpos y eso basta.
- Tú no amas, tú desechas; y eso está muy bien; al mundo no le interesa el amor, ¿qué hacen dos hombres en la cama? ... aman, ¿dos mujeres?... aman, ¿qué hacen las putas con sus clientes?, aman; pero a la gente eso le repugna, te miran por encima del hombro y cuando les das la espalda, te escupen, si pudieran te matarían; en cambio, con los matones como yo se toman fotos que suben al Facebook para jactarse y sumar muchos likes.
- Los caminos de dios son misteriosos –dice Sofía sarcástica.
- Yo mando a los cuerpos a vivir en paz para que dejen de sufrir en este infierno y les doy el sentido pésame; tú los amas y los desechas sin compasión, ¿acaso crees que la gente se la pasa por ahí tirando a diestra y siniestra sin poner sus vísceras en el asador? Eso solo lo hacen unos pocos, como tú.
- Mi cuerpo y mis ideas son lo único que me pertenece y los uso como quiera, a nadie obligo a amarme y no es culpa mía que haya niños con desórdenes sentimentales por ahí rondando. Los cuerpos no son míos y el mío a nadie le pertenece.
- No negarás que somos demonios de distintos círculos –dice el hombre; luego, se levanta y guarda sus cosas –espero que esta no sea la última vez.
- Tengo su número.
- ¿Aún te acuerdas de mi nombre?

– ¡Inocencio! ¿Cómo olvidarlo? –Dice Sofía con una sonrisa –le hace mucha justicia.

La perra, que había permanecido dormida en un rincón, se levanta, se estira y va a tomar agua, coge un collar azul en sus fauces y se acerca a Sofía moviendo la cola, la mujer le acaricia la cabeza y la sube a su regazo –ya vamos –dice. El hombre besa la mano de Sofía y se va.

Sofía toma un nuevo baño, se viste unas pantaletas viejas, un jean azul, zapatos de tacón bajo y una blusa blanca de escote que deja ver sus pechos pecosos; recoge su pelo en una cebolla simple y se dispone a salir. Revisa el celular y se sorprende buscando mensajes de Alberto que no llegarán. Suspira, se asegura de llevar la plata, coge a Luna del collar y salen. Nuevamente toma su celular, llama a Roberto –un buen amigo del colegio– y alarga el paso. Se encuentran en un parque abandonado, allí hay varias parejas recostadas en el pasto, fumando y bebiendo. Sofía y Roberto escogen un sitio, se sientan y arman un cigarrillo que se va consumiendo al hilo de la conversación; Luna juega libre con todo el que se le atraviesa en el camino.

– Está grandota, –dice Roberto –¿cuánto tiene?

– Ya tres años.

– ¿Esa fue la que le regaló Alberto?

– Sí.

– ¿Cómo va con eso?

– Todavía echándole cabeza, aún espero que me llame.

– Normal, mona; no han pasado ni tres meses, a la flaca me la mataron hace cinco años y la tengo muy presente.

– ¿Por qué no se busca a alguien más?

– No quiero estar con nadie.

– Conmigo lo veo a gusto.

- Es diferente.
 - ¿Por qué es diferente?
 - Somos amigos, hablamos mierda, fumamos... no tiramos.
 - ¿Y si lo hiciéramos?
 - ¿Qué?
 - Echarnos un huevo.
 - Usted es como mi hermana, Sofía.
 - No me venga con maricadas, ¿cree que no me doy cuenta de cómo me mira las tetas?
 - Ja, ja, ja, usted sabe lo que tiene –dice Roberto con una carcajada que deja ver su podrida dentadura.
 - ¿Entonces? – Insiste Sofía – ¿se acostaría conmigo?
 - ¿Me habla en serio?
 - ¿Por qué lo duda?
 - Míreme, soy escoria.
 - ¿Se da cuenta? Eso es lo que lo tiene jodido, no es que no soporte a los demás, usted no se ama y la droga le está quemando el culo. Deje el pasado en el lugar que le corresponde, quítese la mugre de la cara y viva.
 - Usted no sabe nada de mí, he comido mucha mierda.
 - Pobre mi querido Cándido –dice ella en tono burlón mientras le soba el hombro.
- Luna juega lejos con varios perros.
- ¿Qué va a saber usted de sufrimiento? La niña mimada, la que siempre lo tuvo todo, la niña linda a la que todos aman...

- Siga.
- No quise decir toda esa basura.
- Tal vez de aquí para afuera no se vea nada –dice Sofía poniendo su mano derecha en el pecho –pero la vida me ha dado con todo, ¿cree que pasar mi niñez preparándome, contra mi voluntad, para ser una esposa ejemplar, igual a mi madre: obediente, sumisa a los “designios de dios” y la iglesia; “sentadita y recatadita”, con las piernas bien cerradas para no incitar a los hombres al pecado, sin poder tocar un balón porque “ese juego es de niños”, tragándome todo ese rollo de la fe y la vida eterna, rezando día a día para guardarme virgen para el esposo que ya llegaría a imponerme sus órdenes como si de una esclava sexual se tratara, es jugar con mariposas en primavera? ¿Acaso cree que la obediencia y el silencio absurdos no me rallaron el coco y que tal vez eran esas mismas patrañas las que no me dejaron denunciar las violaciones constantes del “padrecito” hacia mi hermanito y a mí? A mí me tocó mamarlo a los once años mientras veía cómo le desfloraban el culo a mi hermano; me robaron la identidad, Roberto; me quitaron el gusto por mi propio cuerpo; pero aquí estoy, mirando hacia adelante, eso es lo que hay. A veces creo que lo mejor fue la muerte de mis padres, si no, ¿quién sabe qué sería de mí?, tal vez estaría debajo de un viejo fofo conteniendo el vómito, porque así lo hubiera querido diosito.
- Este rollo es el infierno... ¿prueba superada?
- Estoy en paz.
- Y con una buena verga, tiene la vida hecha –Roberto ríe en tono suave.
- No me gusta la verga, ¡la adoro! Pero eso no es todo, debe haber un cerebro que la mueva.
- ¿Y... lo de echar un polvo sigue en pie?
- Nunca pensé en hacerlo, realmente.
- Yo sabía, para mí ni un manojito de pelos –piensa Roberto en voz alta.

- Wow, ¡qué romántico! Voy a hacer unas vueltas, ¿me acompaña?
- Tengo que dejar unos paqueticos por ahí, ¿qué va a hacer?
- Recogeré unas cosas en la casa de Alberto; déjeme un moño de diez.

Roberto saca una bolsa pequeña y se la pasa –la casa invita –dice –es extraño pensar en eso... El mansito era medio friki pero no como para suicidarse.

- No se suicidó, la vida lo destruyó.

Un hombre vestido de negro, delgado, de cabello liso y largo, se acerca y pide fuego para su pipa; Luna, que ahora duerme al lado de la pareja, levanta la cabeza y gruñe; Sofía la acaricia, la calma y le da al hombre una caja con unos cuantos fósforos, este los recibe y se va; los amigos se abrazan y cogen rumbos distintos. Sofía, se pone los auriculares, escoge “Sin tu latido” de Luis Eduardo Aute, camina y escucha: *Hay algunos que dicen/ Que todos los caminos conducen a Roma/ Y es verdad, porque el mío/ Me lleva cada noche al hueco que te nombra.*

Luna se para en dos patas, quiere jugar, le mancha de barro la blusa a Sofía, la mujer la acaricia y vuelve a la música: *Ay, amor mío/ Qué terriblemente absurdo es estar vivo/ Sin el alma de tu cuerpo, sin tu latido/ Sin tu latido...*

Ahora están enfrente del apartamento de Alberto; Sofía apaga la música, se quita los audífonos y seca sus lágrimas, abre la puerta y se deja sorprender por todos los recuerdos que ahora le llegan en ráfagas. Muchos la han amado; pero Alberto es el único que le ha masturbado las ideas. Entran; mientras avanzan, Sofía aparta con los pies la mugre y la ropa sucia esparcida en el piso; Luna mueve la cola con euforia buscando a su amo: lo huele en la cocina, en el baño, en la habitación... en todas partes; pero no lo encuentra, se resigna y se acuesta en un rincón de la cama, Sofía la observa y llora, se recuesta a su lado, la abraza y piensa en que tal vez haya una pista de su muerte, él no era un suicida, lo tiene claro; entonces pone manos a la obra, con cautela limpia el lugar, no hay nada, solo vestigios de una vida reglamentada por el alcohol y la droga. Busca en la mesa de noche, en la cama y en el armario, no encuentra nada; se sirve un vodka y arma un cigarrillo, recuerda un

viejo cuaderno en el que alguna vez lo vio tomar notas y decide retomar la búsqueda hasta dar con él, lo encuentra en los libros, entre “El extranjero” de Camus y los “Cuentos completos” de Caicedo. Ubica el cuaderno sobre sus piernas, suspira y lee:

Cuaderno de notas

03 de septiembre de 2002 (martes)

Hoy es mi cumpleaños número once, mi papá me regaló este diario. Él siempre ha sido malo para para los ~~obsequios~~ obsequios; yo quiero una pistola de balines como la de Felipe, pero mejor no le digo porque de pronto me pega. La profesora Cecilia me aconsejó que escribiera, que eso me iba a servir. Ella me regaló un ajedrez de madera, aún no juego muy bien pero me gustó mucho; ella dice que el ajedrez es como la vida, que hay unos reyes que nos gobiernan protegidos por murallas y asesinos letales, y que nosotros somos los peones, carne de cañón, que ponemos nuestra piel para ayudar a los poderosos a desangrar el país; pero que arriba hay un Dios que todo lo ve y él trata de llevarnos por el camino correcto para poder alcanzar nuestras metas. No sé, no le entiendo muy bien, pero me gusta jugar porque me siento como Dios. Camelia, la esposa de mi papá, me regaló un balón de fútbol, eso fue lo que más me gustó de todo, a parte del ponqué y del arroz con pollo; me gusta jugar mucho, ella sí me conoce bien; un día que le robé doscientos me dio un beso en la frente y me dijo que me quería mucho, que yo era como su hijo y que si necesitaba algo se lo pidiera, y no le dijo a mi papá lo de los doscientos o si no, me pega; desde ahí nos llevamos muy bien, yo también la quiero

harto a pesar de que sea gorda, eso no me importa. Mi mamá está peleando con mi papá y no quiere a Camelia, por eso no vino, este es el primer cumpleaños que no está conmigo; pero mañana iré a visitarla, hace mucho que no la veo y la extraño mucho y a mis hermanos también, de pronto más tarde me llaman.

09 de septiembre de 2002 (lunes)

El nuevo novio de mi mamá no me gusta, él también le pega como mi papá lo hacía, yo creía que no porque mi mamá decía que estaba bien; pero sí, el jueves llegó a la casa borracho y le pegó a mi mamá y a mi hermana. Mi hermano Arturo dice que cuando sea grande le va a pegar una puñalada y lo va a matar y yo también quiero; pero ahora no podemos, la vez pasada nos dio duro a todos, él tiene mucha fuerza, sobre todo cuando está borracho. Yo le digo a mi mamá que por qué no se va de ahí y ella dice que, por nosotros, que, por el techo, que ahí estamos bien; pero yo no le creo, es más por el padre Javier que siempre les insiste en que se casen, y tal vez lo hagan.

11 de septiembre de 2002 (miércoles)

Hoy fui a misa con mi papá y con Camelia. Recé por una bicicleta y para que mi papá no me vuelva a pegar. Yo sé que a veces me porto mal, pero Diosito sabe que soy bueno. Escupí a Esteban porque él me metió un moco en la boca y mi papá no me cree, él nunca me cree nada.

12 de septiembre de 2002 (jueves)

Sandra Milena Parada, te amo. Sandra & Alberto 4 ever.

Aquí, se dibuja una leve sonrisa en el rostro de Sofía.

15 de septiembre de 2002 (domingo)

Hoy fuimos con Alirio a limpiar vidrios al semáforo de la treinta, yo no sabía, pero él me enseñó, trabajamos como tres horas y me hice cuarenta mil pesos, lo que se gana mi papá en dos días en la arenera. Alirio ganó más, pero porque él sabe bien, él se gastó su plata en las máquinas y después me peló diez mil jugando a la pirinola; no le jugué más porque quería mostrarle a mi papá lo que me había ganado, y si le daban quejas por haberme salido de la casa, que no me pegara. Yo pensé que me iba a regañar o algo, pero le gustó, me dijo que guardara la plata y que siguiera trabajando, que yo ya era un hombrecito y que tenía que aprender a trabajar y yo creo que sí, ya no soy un niño porque estoy enamorado de Sandra, la niña más linda de la escuela, aquel día le robé un beso en la mejilla. Ella es hermosa y siempre que la miro se sonroja, ríe y le cuesta

sostenerme la mirada. Un día su hermana me llamó cuñado, entonces yo creo que le ha hablado de mí.

23 de septiembre de 2002 (lunes)

Mi mamá dice que sí, que puedo seguir trabajando, que el trabajo no es deshonra, que esto es mejor que salir a robar como hace mi primo Ramiro; ella no lo quiere porque él está en malos pasos, por eso yo no le cuento cuando cojo algo de las vueltas para jugar maquinitas, pero es que me gustan mucho, sobre todo de Kin of faiders, Cadilats and Dainasors, Mortal combat y Metal Slag. Yo casi nunca tengo plata y ya quiero empezar a trabajar, para dejar de robarla. Ya me compré el limpiavidrios, la caneca y una bolsa de jabón. Alirio aceptó llevarme a su semáforo, pero dice que no puedo llevar a nadie más. Mi mamá se quedó sin trabajo, vendieron el restaurante; pero no me quiso recibir plata. Ahora está haciendo escobas, y vende papel higiénico y bolsas de basura en la calle, ella no se deja morir. Arturo la acompaña y le ayuda a cargar las maletas. Mi hermana María consiguió trabajo de interna en una casa de familia y gana hartito, menos mal.

27 de septiembre de 2002 (viernes)

Hoy le mostré el cuaderno a la profe Cecilia y le gustó, me explicó un poco más del ajedrez y la vida, y aunque sigo sin entenderle muy bien sé que soy su alumno preferido; aunque a Daniela también la quiere. Me dijo que no trabajara, que eso de la plata todavía no es mi responsabilidad y que me dedicara al estudio porque tengo mucho futuro; una vez le mostré un cuento de un superhéroe muy parecido a supermán que salvaba la ciudad y también le gustó, ella es mi profesora favorita pero es que no me entiende, yo necesito trabajar porque ya soy todo un hombre; además, mis hermanos y muchos de mis amigos también trabajan y a ellos no les ha pasado nada. También me dijo que dejara los amores para después, que esperara a que me saliera un poquito de barba.

28 de septiembre de 2002 (sábado)

Alirio me dijo que me limpiara la cara con papel higiénico, de abajo hacia arriba, que así me saldría barba; le pregunté a mi papá y me aconsejó que no creyera en tonterías, que eso era un chiste pendejo.

–Así como pasa por limpiarte el culo –piensa Sofía en voz alta y ríe. Luna la mira y mueve su cola; la mujer le besa la frente.

David dijo que me afeitara todos los días para estimular la salida del bello, hoy empecé y me corté, es muy difícil. Ya quiero que me crezca la barba porque a Galindo también le gusta Sandra y si a él le sale primero me la gana. Hoy volveré a visitar a mi mamá, ella nunca viene porque no se la lleva bien con Camelia.

01 de octubre de 2002 (martes)

Esta semana no iré a trabajar, el papá de Alirio murió, lo espichó una piedra. Yo iba con el almuerzo de mi papá y la arenera estaba llena de gente, mi papá me vio y me dijo que me fuera para la escuela y le avisara a Alirio y a su hermana que don Martín había muerto, yo corrí y entré a la escuela, todos mis compañeros se burlaron porque llevaba la mochila con el almuerzo de mi papá, sobre todo Alirio que se ríe por todo, yo le iba a decir pero no podía, no sabía cómo decirle, no me salían las palabras y me puse a llorar, los demás solo se reían; la profesora Aurora pidió orden, me calmó y me dijo que contara qué había pasado. Ya más tranquilo, dije que don Martín había muerto, que le había caído una piedra encima, Alirio solo se reía, no me creía, los demás me miraban; yo salí corriendo y toda la escuela me siguió. Cuando llegamos lo vimos,

había una roca gigante sobre un charco de sangre. No nos dejaron ver más, nos sacaron a todos. Mucha gente lloraba y gritaba, mi papá, no; él dice que los hombres no lloran. Mañana será el entierro.

06 de octubre de 2002 (domingo)

Mi mamá ya no vive con Ventura, ahora tengo un nuevo padrastro: Rafael, el zapatero, él nos trata mejor, ayer fuimos todos al parque y la pasamos muy bien, nos gastó helado y pollo asado. Llamé a mi hermana, le conté y se alegró, ahora sí quiere venir a visitarnos. Cuando mi mamá estaba con Ventura no venía porque una vez intentó violarla, menos mal yo llegué de la escuela y no pasó nada, él estaba en calzoncillos encima de ella; pero ella lloraba y no se dejaba. Cuando me vieron, él dijo que se había portado mal, que no había lavado la loza y que no le contara nada a mi mamá o nos sacaba de la casa; pero yo le dije y mi hermana dijo que sí, que era verdad, que no la dejara sola con ese señor, entonces mi mamá le buscó trabajo de interna en el centro y no volvió.

—Hijueputa —susurra Sofía apretando con fuerza el cuaderno.

Arturo también está contento porque ella se fue. Mi mamá siempre nos dice que estemos tranquilos, que estas son pruebas que nos pone Dios y que entre más duras sean, mejor; porque si las superamos tendremos un lugar seguro al lado del señor por toda la eternidad, que no se nos olvide orar y pedir por el alma de los malos y que no se nos ocurra seguir esos malos pasos o si no, nos vamos para el infierno. Mi mamá siempre nos manda a la iglesia para que seamos personas de bien y nos da de a quinientos para la limosna; pero a nosotros no nos gusta ir, siempre nos compramos dulces o galletas de las que vienen con rompecabezas; además, mi hermana dice que el padre una vez le cogió las piernas y le dijo que la esperaba en cierto lugar, pero ella no fue, eso no era para una confesión.

07 de octubre de 2002 (lunes)

Pienso mucho en mi hermana María, ojalá le den permiso en estos días para que nos visite; no me importa que por su culpa mis papás se hayan separado. Bueno, la verdad no fue culpa de ella, fue de mi mamá, ella salió a comprar una libra de arroz para la comida y nos dejó encerrados con llave. Yo estaba muy pequeño; pero me acuerdo bien: María roció el tapete con gasolina para matar las pulgas y cuando prendió la estufa para hacer la aguapanela todo se prendió, las cobijas, la ropa y las cortinas quedaron en llamas y no podíamos abrir la puerta para salir,

tampoco podíamos saltar por el patio porque estaba muy alto, menos mal los vecinos tumbaron la puerta y pudimos salir, no nos pasó nada; pero cuando llegó mi papá, le pegó a mi mamá y esa misma noche mi mamá se fue, mis hermanos la siguieron y yo me quedé con mi papá, ese fue el trato. María siempre ha sido de buenas para los incendios; un día, en la casa de mis abuelos, prendió la estufa sin tapar el tanque de la gasolina, el tanque explotó y ella quedó prendida de pies a cabeza, entonces salió corriendo y se lanzó al pozo de los marranos; mi abuelo la sacó, la subió a la carretilla y se la llevó para el hospital. Todos reían al verlos pasar mientras mi hermana lloraba a causa de sus heridas; el dolor ajeno siempre ha sido gracioso para muchos, sobre todo cuando los que sufren van encima de una carretilla rumbo al hospital. Menos mal no le quedaron cicatrices porque mi hermana es muy linda. Ojalá pueda venir en estos días.

08 de octubre de 2002 (martes)

Mis amigos se burlan porque corro chistoso, dicen que parezco marica y que debería hacerme con Luis, él sí es marica de verdad y yo creo que se va a ir al infierno; yo no, estoy seguro porque tengo muchas ganas de besar a Sandra y me gusta mirarle la cola cuando camina; además cuando me besé con Geraldine me gustó mucho, estábamos jugando en la casa de

mi tía, ella me besó y duramos hartos. Patricia y Ximena también son lindas; pero solo puedo mirar a una, como bien lo dice el padre Javier.

–También te llenaron la cabeza de mierda.

11 de octubre de 2002 (viernes)

Mi tía Rita dice que me va a llevar a vivir a Barbosa Santander, que apenas termine el año viene y me recoge, que allá me va a poner a estudiar y que no me va a faltar nada. Yo sí me voy con ella porque quiero entrar al colegio, acá no puedo porque no hay plata; mis hermanos hicieron hasta quinto y les tocó ponerse a trabajar; además, allá es tierra caliente y tienen parabólica. Yo nunca he salido de Bogotá, mis amigos no me creen, pero sí, yo me voy.

13 de octubre de 2002 (domingo)

Rafael me contó que hace un tiempo vino a visitarlo un amigo a la zapatería, que tomaron onces y que hablaron toda la tarde; pero que cuando su amigo se fue, se acordó de que hacía unos días ese amigo había muerto y que no se explicaba cómo había durado tanto tiempo hablando

con él sin acordarse de su muerte, que era algo que no podía sacarse de la cabeza. También me contó que, en la casa en la que antes vivía, habían ahogado en la alberca a una niña de ocho años, que ella misma se lo había dicho una noche que se le apareció mientras él fumaba en el patio; y ahora no puedo dormir; cuando don Martín estaba tomando con mi papá, siempre me decía que, al morir, iba a venir a jalarme de los pies y creo que anoche lo vi. Mi papá me dice que rece mucho y que deje un vaso de agua en la mesa de la sala.

12 de agosto de 2008 (martes)

Pensé que este cuaderno ya no existía, me alegra mucho encontrarlo; ¡qué buen detalle de parte de mi padre el haberlo guardado en tan buen estado! Aún recuerdo el día que me lo regaló, he repasado sus páginas y los recuerdos que me trae me obligan a continuarlo. No sé, tal vez más adelante me ayude a evocar mi vida, justo como lo hace ahora.

Mi tía Rita –que debió ser monja por el “sor” que adornaría su nombre– al fin vino a Bogotá y me llevó para Barbosa; pero no todo fue como esperaba, dijo que yo aún tenía muchas falencias en la escuela y me puso a repetir quinto a pesar de que mis notas siempre

fueron de las mejores, menos mal la profesora de allá me pasó a sexto cuando pidió los papeles para el ingreso. Ahí empecé a conocer a mi tía, una señora mezquina en todo sentido. Me había puesto a repetir el curso porque su hijo mayor, y mayor que yo, apenas iba en cuarto de primaria, tal vez el ego o el amor de madre no la dejaba tranquila. El primer mes a su lado, la alimentación y el techo no me hicieron falta; luego, todo cambió, me dijo que debía pagarle lo que había hecho por mí, que debía salirme de estudiar y ponerme a trabajar. Yo apenas tenía once años y no entendía cómo una persona que iba casi todos los días a la iglesia, podía ser tan hijueputa. Igual, no le hice caso, sí me puse a trabajar, pero el estudio no lo dejé, mis notas eran buenas y había conseguido amigos.

Alguien timbra; Luna mueve su cola con euforia, salta de la cama, se acerca a la puerta y, al desconocer el olor del visitante, ladra con furia. Sofía, deja la lectura, calma a la perra sobándole la cabeza y abre. Es una mujer, de mediana estatura quien, al ver a Sofía salir a recibirla, desconcertada, se devuelve medio paso; Luna la huele con sigilo.

—¿Quién es usted? —pregunta.

—¿Quién quiere saber? —dice Sofía.

—Soy Amanda —dice la mujer subiendo un poco el tono mientras mira a Sofía de los pies a la cabeza.

—Sofía, me llamo Sofía, ¿qué necesita?

–Busco a Ricardo Pedraza, ¿está?

–No vive acá –afirma Sofía –hace mucho no sé de él.

Amanda frunce el ceño e intenta entrar al apartamento; Luna le ladra y la mujer se arrepiente; –cuando lo vea, dígame que en *Licor y fuego* lo espero, él entenderá, –la mujer echa una última ojeada al interior del apartamento por encima del hombro de Sofía y se va. Sofía cierra la puerta, entra al baño, sirve un nuevo trago de vodka y continúa la lectura; esta vez, Luna se acomoda en los pies de su ama.

Primero, me dieron trabajo como repartidor de periódico y vendía hartos, pero ganaba poco; no me alcanzaba para pagar lo que debía, y aunque busqué en muchos lugares, no me daban trabajo por ser menor de edad; luego, conocí a una vecina que reciclaba y me dijo que le ayudara, que en eso se ganaba bien, y sí. Al principio, me daba vergüenza porque mis amigos me veían escarbando en la basura y ya no me saludaban; pero no tenía opción, había una deuda que pagar. Cada uno, doña Silvia y yo, teníamos un carro de esos de los que se usan para hacer el mercado de plaza; recogíamos todo lo que se pudiera rescatar; lo almacenábamos en una bodega y lo vendíamos mensualmente; las ganancias las repartíamos en partes iguales, cuando nos iba mal hacíamos ochocientos mil pesos cada uno. Con esas ganancias, la cara roja y achantada se fue aclarando y el negocio empezó a prosperar, teníamos nuestros propios overoles y todo, y mi edad no era problema.

Un día llegamos a la bodega y sor Rita había vendido todo lo que habíamos recolectado, le dio unos cuantos pesos a Silvia y ella no dijo nada porque era muy noble –Silvia murió hace unos años de cáncer de pulmón, fumaba mucho–. Ese día, mi tía se quedó con el resto de la plata, dijo que era lo del arriendo que yo le debía y lo de mi alimentación diaria; yo le dije que bueno, que entonces quedábamos pagos y me fui. Lo único que tenía era mi ropa, la eché en una bolsa y salí de la casa; mi tía no creía que realmente me iría porque sabía que no tenía a donde llegar, así que me dejó salir, pensando en que más tarde volvería; pero nunca regresé.

Empecé a caminar sin rumbo. Mis papás no se habían vuelto a comunicar conmigo. Llegué a la casa de Silvia y ella me llevó a un condominio en donde había conseguido trabajo de portera, me dijo que trabajara con ella, que le ayudara a cambio del techo y de la comida diaria, yo acepté sin pensarlo y desde entonces vivo con ella y su hijo Alfonso que es jardinero y maestro de construcción, con él he aprendido a trabajar en muchas cosas. Allí conocí a otras dos personas excepcionales: Manuel y Dolly, mis actuales padrinos, dos profesores de la Uptc de Tunja que me ayudaron en todo desde un principio, aún no sé por qué lo hicieron; pero por ellos sé que en la humanidad hay verdadera belleza.

Así, pasaron los años y hace poco reapareció mi padre; fue a buscarme porque mi madre murió. Dicen que los hijos están preparados para que los padres mueran, que ese es el orden de las cosas; pero no, a pesar de que no la llamé, nunca se me pasó su muerte por la cabeza; todo lo contrario, anhelaba volver a verla, abrazarla y decirle todo lo que había hecho, que estoy terminando el bachillerato y que pienso entrar a la universidad para aprender inglés e irme a conocer el mundo.

Mi madre no podía tener más hijos; pero la operaron mal y volvió a quedar embarazada, murió en el parto antes de que naciera la niña; a la bebé, para no dejarla ahogar dentro del vientre, la halaron con unas palas, y en el proceso, le sumieron el cerebro, le desprendieron la cadera y la dejaron cuadripléjica. No sé cómo no se les ocurrió a esos respetadísimos doctores abrir el cuerpo inerte de mi madre y sacar a la niña sin un rasguño.

Sofía enciende un cigarrillo y piensa un buen rato, no le hace caso al crujir de sus intestinos; luego, retoma.

Fue duro encontrar a mi madre en un ataúd y ver a mi hermano menor intentando despertarla. Ayer fue su entierro, yo intenté no

llorar como hace mi papá, pero me fue imposible, el dolor es algo que no se puede controlar. Lo único que me consuela es que pasó a mejor vida y ya está con Dios, cuidándome desde arriba. Me alegró mucho volver a ver a mi familia. La muerte es como un cumpleaños o un baby shower, es la excusa perfecta para reunir a la gente que durante años ni se hablan. Mis hermanos mayores están muy bien, ahora tengo cuatro sobrinos, tres de María y uno de Arturo: Jonatan, Jefferson, Isabella y Estefania. Mi hermano menor vive con el papá, él ya está en cuarto y va muy bien. A Sasa, la última niña, se la llevó una tía que puede cuidarla. Arturo cumplió su promesa: Ventura ya no vive. Mañana regresaré a Barbosa.

19 de septiembre de 2008 (viernes)

Hoy volvimos a cachar clase y nos fuimos al río, Daniel, Milton, Alejandra, Fernanda, Rosaura y yo, los de siempre. No sé por qué lo prohibido es tan deseado. La verdad preferimos escaparnos, echar dedo e irnos a puente nacional a tomar chicha y fumarnos un buen porro que quedarnos a verle la cara de idiota durante toda la clase al cucho Román, ese viejo morbosos que no hace sino mirarles las piernas a las compañeras y dar cátedra de moral y buenos principios.

Nos escapamos por la parte de atrás del colegio, por el huequito de siempre. Como ya tenemos experiencia en esto, los hombres nos escondemos detrás de un muro mientras las mujeres echan dedo mostrando pierna. Cuando algún camionero que se cree con suerte, para, y ellas se están subiendo, salimos todos y nos encaramamos; normalmente los cuchos reviran, y nosotros "que mire que somos seis, que ahí cabemos todos, que las niñas van adelante haciéndole compañía y los hombres vamos atrás", entonces nos llevan; esa es la forma más rápida de conseguir transporte.

Estar en el río es de lo mejor, como nadie está con nadie, las puedo besar a todas, las tres están buenas y cuando están high lo hacen así todo despacito, rico y se dejan coger las teticas, ellas también me cogen el culo. Estiven es el más lanzado y las nenas le copian porque

para qué, el man es pinta; Milton, en cambio, es tímido; a mí antes me daba un poco de miedo; pero después de lo de Mate Mango me volví todo un crack. Un día, Alfonso me invitó unas polas y resultamos en un prostíbulo, él se fue y se encerró con una nena mientras yo cuidaba la mesa; en eso, una negra grandota se me sentó en las piernas y me agarró la verga, yo estaba asustado, igual dejé que hiciera lo suyo; me dijo que fuéramos a la pieza pero yo no tenía plata y se lo dije, ella se rió y se fue; luego, llegó Alfonso con una flaquita linda, Kati, y me dijo que me fuera con ella, que la descorchada no la cobraban; yo nunca había estado con nadie y me dio vergüenza porque no duré ni tres minutos en acción, ese día fue mi primera borrachera y todavía no la olvido, el rostro de esa mujer quedó grabado en mi memoria. El cuento es que desde entonces les perdí el miedo a las mujeres, tirar no es nada del otro mundo y besar mucho menos.

15 de noviembre de 2008 (sábado)

No sé qué pasará conmigo, lo intenté, de verdad lo intenté; pero no lo logré, me tiré el año. No sé, será trabajar en la rusa o volver al vivero mientras me recupero y consigo plata para repetir el año; eso no me importa, lo que realmente me duele es haberle fallado a mi familia que está muy orgullosa de mí. Pero no todo fue culpa mía, el profesor Román me dejó en sus tres asignaturas, las de relleno,

porque en física, química, matemáticas y castellano me fue muy bien y saqué buen puntaje en el icfes. Sí, le falté a muchas clases, pero lo que al profesor Román realmente le molesta es mi cabello largo y mis piercings, dice que estoy ultrajando el templo de Dios y nunca me llevó en la buena.

13 de enero de 2009 (martes)

Manuel y Dolly me trajeron para Tunja, dicen que lo que me tiene así son las amistades, que debo validar el año y luego entrar a la universidad, que piense bien las cosas y que siga para adelante. Empecé a estudiar y conseguí trabajo en un restaurante, me tocó quitarme el pelo; llevaba tres años sin cortármelo, quedé al ras, como un buen soldado de la patria. El trabajo es bueno, pagan bien.

03 de marzo de 2009 (martes)

El trabajo y el estudio me consumen; pero haberme venido para Tunja fue lo mejor que me pasó; acá todo es diferente y la gente es muy agradable. Le cogí rápido el ritmo al trabajo, en el colegio también van bien las cosas. Tengo buenos amigos y salimos a farrear seguido, sobre todo con Néstor, un man de Bogotá. En el salón somos cinco: tres hombres y dos mujeres; a los tres nos gusta Lizeth, ella es preciosa; Camila, en cambio, aunque tiene unos ojos preciosos, es creída y tonta, ninguno le para bolas; Néstor le cayó a Lizeth y ella le correspondió, Diego también hace lo suyo, pero le ganaron de mano, yo ni lo intento, no creo que me haga caso; además Néstor me cae bien y voy a dejar que haga sus cosas. Ayer la farra estuvo buena, bebimos vino y fumamos todo el día; Lizeth se cruzó y Néstor se la llevó para la casa, ella no está acostumbrada a la yerba; pero le gusta. Yo me fui a jugar billar y perdí, me tocó dejar el celular como garantía.

21 de marzo de 2009 (sábado)

Antes de contar lo que pasó ayer, siento que debo justificarme. Hace dos años más o menos, terminé mi noviazgo con Paola, una nena de Barbosa con la que teníamos algo bacano, pero me traicionó y la dejé, la encontré con David en el baño, la tenía como papa en tenedor, ja, ja, ja; no sé, tal vez asumieron que estaba borracho, aprovecharon, se lo comieron y además siguieron juntos un buen tiempo. El caso es que después de unos meses, ella regresó a ofrecirme perdón, “que eso había sido un desliz”, “que era consecuencia de los tragos”, “que ella me amaba” y un montón de etcéteras. Se lo comenté a Manuel y me preguntó que qué había decidido, y yo pues que, ¿cómo así que qué había decidido? Que era obvio, que no la iba a perdonar; entonces se me burló en la cara y me dijo que no tenía por qué perdonarla, que eso solo pasaba en las telenovelas, que yo no era dueño de nadie y que las personas eran libres de hacer con su vida y sus piernas lo que les viniera en gana, que la verdadera cuestión era si yo todavía la quería, y claro que la quería; pero era difícil volver con ella por la vaina de la confianza; entonces me dijo que dejara esas ideas absurdas a un lado, que pusiera mi cuerpo y mi mente en favor del placer. Al principio me costó bastante; era difícil aceptar que mi novia no era mía, en la iglesia me enseñaron otra

cosa; además, ella tenía un culo como para casarse. En fin, mientras lo pensaba, ella se cansó de esperar y no la volví a ver.

Ahora veo todo desde otra perspectiva. Los cuerpos no son de nadie, los cuerpos que quieren ser amados son para amarlos y a Lizeth la he querido amar desde siempre, eso todos lo saben, hasta ella; y si le quedaba alguna duda, ayer la despejó, nos amamos toda la noche. Eso sí, no le contaremos a Néstor, él está en un error, la quiere; pero cree que es su mujer.

01 de noviembre de 2011 (lunes)

Ayer salimos con Néstor y unas amigas a tomarnos unas cervezas. Resultamos en un karaoke del centro y a pesar de que ya era tarde, el barman que ya nos conocía, nos atendió a puerta cerrada. Además de nosotros, había un grupo de políticos que celebraban los resultados de las elecciones.

Después de varias botellas de aguardiente, unimos nuestras mesas y bailamos hasta el amanecer. Yo estaba ilusionado con Daniela, con quien bailé varios merengues; la verdad, siempre escojo este ritmo porque es el único en el que medianamente me defiendo, e iba bien, había logrado robarle un beso y ella respondió con una sonrisa que me dejó imaginarla destruyendo todo su pudor. Pero el movimiento de cadera del nuevo concejal, al son de bachata, pudo más; le bastó una canción, un baile, y al instante le estaba limpiando las amígdalas a Daniela con su lengua mentirosa. Esto y los tragos me invadieron la sobriedad y cuando me disponía a salir del bar se me acercó una mujer deliciosa y medianamente ebria; pero en mi estado, ¿qué tenía que reprochar? Rodeé su delgada cintura con mi antebrazo y la ayudé a salir. Para mi deleite, la mujer se colgó en mi cuello y me besó con ternura, luego me pidió que la llevara a mi apartamento y le hiciera el amor. Como puede intuirse, no me opuse. Tuve que controlar sus manos porque el éxtasis al que me había

Llevado era tal que me preocupaba llenarle al cuello al taxista con los jugos del amor.

Al llegar a la habitación, sin darle largas al asunto, la mujer dejó al descubierto su hermosa figura, su cabello lacio y negro alcanzaba a rozar los medianos y firmes pezones, erectos a causa del frío tunjano; su ombligo era casi imperceptible y el hoyo del placer supremo estaba adornado por un suave pubis triangular recientemente arreglado. No pude contenerme ante su belleza y luego de saciar mi lengua con su lodo cervical, taladré cada uno de sus huecos después de que con su voz angelical me los ofreciera.

A la mañana siguiente, medio dormida, reiteró sus deseos por entregarse a mis gustos sodomitas y cuando gentilmente me disponía al acto, preguntó si había ganado el concejo o la asamblea; mi respuesta no fue de su agrado, y sin mencionar una sola palabra se vistió y se marchó. Al menos me dejó esta bonita historia.

Sofía suelta una carcajada.

04 de febrero de 2012 (sábado)

Hoy le escribo a la vida, le escribo a Andrés Caicedo y a su ideal; aunque lo mío no sea lo mismo y mi final también sea diferente.

Hay momentos en los cuales aparece la desesperación: por estar desenfocado o aún no tener idea alguna de lo que se quiere para la vida. Tal vez esto se deba a la idea de que hay que adaptarse sin remilgo al sistema, para cumplir un propósito concreto; porque tienes que rendir cuentas a otros de tu ser y de tu actuar; porque el dinero y la apariencia son el objetivo a seguir; porque la indiferencia colectiva es la carne que se come el capital de la mano de la religión aquella; porque eres otro Peón que se expone para proteger los intereses del Rey; porque callarse es la norma; porque eres otro del montón; porque los jóvenes deben morir con valentía en peleas incomprensibles surgidas en desacuerdos arcaicos fundamentados en la histórica y cruel lucha por el poder; porque no tienes otra opción que vivir de las sobras para no morir de hambre; porque para ser tenido en cuenta debes acaparar todo lo posible, guiado por las “inevitables” e “irreprochables” consignas del egoísmo y la desigualdad; porque tus bienes materiales te definen; porque para dar cuenta de que eres apto, debes luchar incansablemente por la firma del de arriba en un pedazo de papel; porque las ideas se quedan en los libros como excelentes anécdotas de ficción o simples

historias fantásticas de caballeros andantes, o como textos guía que se adecúan a la enseñanza de normas gramaticales; porque una tertulia agasajada es sinónimo de perdición; porque eres “loco”. Porque eres un pequeño punto; porque una postura contra la norma no puede salir a la luz; porque la sinceridad debe ser abolida, puesto que la hipocresía ha mostrado mejores resultados en el propósito de congeniar con los demás; porque el pedófilo fue perdonado por el pedófilo teniendo en cuenta su arrepentimiento sincero y la bondad de diosito; porque el instinto de admirar un cuerpo protuberante te señala; porque el odio ajeno hacia ti no se fundamenta en tus acciones sino en tu rechazo a una vida reglamentada por el monopolio y la fe en un libro de parábolas, fábulas y promesas de vida eterna.

Así, la muerte te sonríe mostrándose como única salida; pero llega el momento en el que decides ser libre, por una sola razón: porque es tu vida y solo tienes una. Te ves proyectado en tu vejez y la imagen que llega a tu mente de anciano decrepito, fragmentado por la desilusión de haber sido uno más, te estremece, y decides vivir, para que tu presencia sea un acto de libertad.

20 de mayo de 2012 (domingo)

Sé que la vida es absurda, que se nace sin pedirlo y se muere sin quererlo y mientras la muerte llega hay que distraerse; se debe buscar un pretexto para soportar la monotonía del existir. El mío, mi pretexto, es el amor a la feminidad, el amor a los cuerpos, a los cuerpos mulatos, negros, blancos y a todos aquellos que deseen amar y ser amados.

Sé que no existe el alma y que soy una presentación caprichosa del “polvo de estrellas”. Dios no me convence, esta idea patética que en un entonces apaciguaba mi angustia existencial ha muerto. Soy un animal igual que un cerdo, un omnívoro que come sin prejuicios y sigue esperando el próximo banquete, somos parecidos, pero en mi caso no puedo simplemente sentarme a esperar a que llegue el alimento a la boca y contemplar el engorde; tengo que producir, ofrecer algo a cambio, algo diferente a mi carne tierna –en esto no envidio al mellizo–; en mi caso, debo saber cada vez más para educar con fundamentos, pero a veces la labor se vuelve insostenible y la vida intolerable, sobre todo en aquellas noches en las que la idea de que voy a morir me supera: el pavor se apodera de mí y trato de refugiarme en la verdad fantástica de los libros para escapar de la realidad; aun así, en ciertas ocasiones la conversación no fluye,

después de unas cuantas horas de lectura me doy cuenta de que este, mi pretexto, no funciona.

El insomnio se ha vuelto recurrente; al tratar de engañarme, cierro los ojos, “pongo la mente en blanco”, respiro pausadamente y pienso: “Soy humano y los humanos duermen, así que... duermes” y cuatro o cinco horas más tarde me doy cuenta de que sigo en el mismo ejercicio; esto precisamente fue lo que ocurrió aquella noche: serví un trago doble –tal vez triple–, lo bebí y me dispuse a dormir; después de varios intentos no lo logré. Me levanté nuevamente y decidí ver un documental muy recomendado sobre la segunda guerra mundial; me sorprendió el extraño aspecto de la presentadora, era una anciana cadavérica, mal peinada y sus dientes carcomidos le daban un aire un tanto macabro –era una decrepitud perfecta–.

Mientras hablaba de la brutalidad del nazismo, su mirada se clavaba en la mía, era como si me reprochaba un no sé qué en particular. La escuché y observé atentamente; entonces comprendí, ¡era Ana Frank! En ese instante sentí un fogonazo dentro de mi cabeza, la respiración se me dificultó y no podía tragar saliva –de lo cual tenía mucha necesidad–; pausé y como pude salí en busca de agua y aire fresco, las luces no prendían, así que caminé a tientas hasta la cocina, bebí el líquido tranquilamente y allí, en la oscuridad absoluta, aún sentía aquella mirada penetrante, la sentía

en mi espalda y como en un juego de niños dije en tono grave: “sé que estás ahí”, y sonreí tontamente al pensar en la ridiculez de mi soledad. Pero al instante, una voz suave, preguntó: “¿Por qué no terminaste de leer mi diario?” El sobresalto en mí era evidente, trataba de hallar una explicación razonable para aquella voz que aparecía de la nada, pero no la había; mi percepción del mundo se desvanecía y la ceguera en aquel espacio falto de luz ya no era negra; la sangre que salía a bocanadas era incesante, y consciente de que había llegado mi momento de media vuelta, allí estaba la niña judía y al tocar su rostro desperté, por fin había conciliado el sueño.

13 de julio de 2015 (lunes)

Tantas historias de alegrías, proezas, victorias y fracasos, encierras en tu ser mi querido y viejo ajedrez. Algo de mi infancia, mucho de mi juventud y parte de mi corta adultez puedo divisar ahora que te observo. Siempre ahí, estático, abandonado, cumpliendo con tu papel de cosa; porque durante mucho tiempo eso fuiste para mí: una simple cosa, que se prestaba para ofrecer sus servicios de barbarie; pero al parecer esto nunca te importó, siempre fuiste sumiso y obediente; unas veces estúpido, torpe y distraído; otras, fulminante y brillante.

Te miro con detenimiento, me doy cuenta de que te amo y te detesto, eres mi caja de pandora, no puedo abandonarte, tienes mucho de mí. Me has acompañado durante trece largos años, eres mi regalo y contigo está quien te regaló y los recuerdos de aquellos tiempos de niñez, de amores de dientes de leche, de mocos en los labios y tatuajes de chicle en los brazos.

Te veían; me hacías quedar bien ante los grandes, y no tenía que mostrar algo, solo con tu presencia bastaba, aunque tienes que reconocer que muchas veces, al momento de jugar, no ponías de tu parte y me hacías quedar como un zapato.

Tengo que pedirte perdón por aquel alfil que dejé caer en la alcantarilla y que jamás volviste a ver; lo sacrificaste de mil y una formas, sé que no es lo mismo, a pesar de todo, siempre estuvo ahí, siempre una vez más. Debo aclarar que no lo perdí con intención y para convencerte ojalá baste con decirte que cada vez que juego contigo me acuerdo de él y cuento la historia de su pérdida con nostalgia, porque te veo incompleto, casi poco digno de usar y eso me duele.

Contigo están los recuerdos de partidas con Ventura, y con él las golpizas que el consabido daba a mi madre –con la bendición de dios, eso sí–. Castigos injustos, hambre, lágrimas y alegrías falsas que ofrecíamos para poder comer. Y tú por ahí, esparcido, pisoteado y para colmo sin alfil; pero aún así, lavando mi cerebro, mostrándome estrategias, abriendo mi mundo.

Apresados en ti están los recuerdos de grandes victorias: infantiles, juveniles y ancianas, estas últimas, aunque pocas, las mejores y más recordadas, puesto que, ¿cómo era posible que un simple come mocos les ganara?

Tienes tres ciudades en tus bisagras: Bogotá: nuestra ciudad natal, fría como ya bien sabes, el refugio de nuestra niñez y de tu alfil; Barbosa: piscina, sol, parabólica y televisión a color, ¿recuerdas que hasta ese entonces acepté que el pájaro loco no era gris?; Tunja: aquí,

donde te hice famoso no por lo bien que jugara –hay que aceptarlo– sino por las historias que de nosotros contaba.

Y ahora mírate, aún ahí, aquí, conmigo; y mírame, aún aquí, contigo, preguntándome acerca del control que se tiene sobre las cosas; y me respondo pensando en que si quisiera podría arrojarte en cualquier momento a la basura y librarme de ti y de lo que tienes de mí, pero si así lo hiciera ¿qué sería de ti?, ¿de mí?

11 de agosto del 2015 (martes)

He conocido un buen pedazo de tierra. Anoche decidimos subir a la montaña a matar una oveja para el día de hoy, el cumpleaños de don Rodrigo. Presuroso, llegué en la mañana a la hora y lugar establecidos con la indumentaria necesaria que, de acuerdo a lo que la experiencia me indicaba, me exigía el trajín del campo; botas de caucho, ruana y sombrero me disfrazaban por completo.

Me recibieron con un succulento desayuno, había tamal, chocolate, huevos, queso, pan y jugo de naranja. De acuerdo con lo que me comentaron, el día sería largo debido al trabajo que en la finca nos esperaba.

Subimos las maletas a la camioneta y a mí me acomodaron al lado de la ventana derecha para que pudiera disfrutar del verde paisaje boyacense que se divisaba por doquier; en esto, la familia anfitriona haciendo gala de sus conocimientos sobre aquella zona montañosa me iba dando una pequeña clase de historia. Contaban que “El peñón de los suicidios” –uno de los lugares más conocidos del sector–, era el sitio en donde, en tiempos de la conquista española, la comunidad U’wa, nativa de la región, escapando de los blancos desconocidos, junto con sus hijos adheridos al cuerpo, saltaban al vacío; pues preferían la muerte a caer en las manos torturadoras de los blancos de armadura. Decían que antes de saltar les ponían

vasijas de barro en las cabezas a los hijos para evitarles la pena que implicaba la visión de la caída y que habían sido tantos los fallecidos, que el río Nevado, que los esperaba abajo, se vio obligado a cambiar el rumbo de sus cauces para continuar su camino.

También contaban que allí, en el nevado de la sierra, no era permitido el ingreso a los foráneos debido a que ellos mismos, con sus malos hábitos, se habían encargado de que les fuera prohibido el ingreso, decían que los visitantes orinaban en la blanca nieve, que jugaban en los precipicios arriesgando sus vidas, que botaban basura por doquier y que en los últimos años hubo varios muertos, valientes o pendejos que haciendo caso omiso a las recomendaciones de los lugareños se aventuraban a desafiar la montaña. Señalaban y nombraban cada uno de los pueblos y parajes que desde lejos se divisaban y rodeaban la sierra.

Respirábamos con gran dificultad debido a la altura, caminamos un largo tramo montaña arriba hasta que encontramos el rebaño de ovejas. Rodrigo cogió uno de los animales más jóvenes y robustos y nos encaminamos hacia “la piedra de los sacrificios” –así nombraron a la enorme roca ovalada y plana que utilizaban para matar–; allí, con las patas bien amarradas y ubicadas hacia arriba, el tío Dago degolló al animal con su enorme machete, lo desangró completamente, lo decapitó y a cuatro manos le quitaron la piel, lo

abrieron de par en par desde el cuello hasta el ano y le extrajeron las vísceras; el hígado y el corazón estaban colgados en una de las estacas clavadas en la pared del solar goteando sangre espesa, mientras Dago le arrancaba la bilis al sacrificado y les explicaba a los niños que esta era excelente como veneno para perros y gatos.

La cabeza del animal, abandonada en una esquina, con los ojos abiertos plenamente, parecía observar desde las fauces de la muerte la continuidad del proceso. Los riñones y otras porciones destinadas a las mascotas iban en una bolsa especial; el niño Jaime se saboreaba pensando en la rellena que harían con las tripas, contó varias anécdotas al respecto mientras la niña cantora se entretenía inflando la vejiga del recién muerto para luego utilizarla como matraca y la mamá Josefina lavaba una bolsa repleta de estiércol mientras salvaba su carne.

En la noche, mirando fijamente las tablas del techo de mi habitación, completamente inmóvil, me imaginaba sobre la piedra de los sacrificios sintiendo el filo del machete del tío Dago rasgando mi garganta.

12 de diciembre de 2015 (sábado)

Conozco a una mujer de verdad, una mujer que no es virgen, a la que no le gustan las mentiras ni las palomas, es lo más parecido a una madre; una anciana en cuya piel no cabe una arruga más de experiencia. Vive en una casa humilde alejada de la ciudad, en el hogar que heredó de sus padres, quienes fallecieron hace más de medio siglo.

En este paraje hay un huerto de maíz, no muy extenso; pero produce lo suficiente para preparar las arepas de la vecindad.

A esta anciana la acompañan dos fieras caninas minúsculas que, con un rápido y constante batir de sus colas, se encargan de recibir a los escasos visitantes que, esporádicamente, la buscan debido a la obligación de un débil lazo familiar.

Su indumentaria es muy sencilla, un vestido enterizo cubre su cuerpo desde el cuello hasta debajo de las rodillas y un trozo de tela improvisada mantiene fija la trenza en su espalda; sus pies no calzan el cuero ni el caucho, caminan desnudos en la humedad de la sofocante altura.

La estancia construida de barro y paja no precisa más que de una pequeña habitación y un horno de leña; el resto coprológico se deposita entre los matorrales.

Allí no se dispone de electricidad y la tecnología hace gala en objetos como la piedra de la panela y el pequeño molino para el maíz. Yo, en ocasiones le llevo queso de hoja y con chocolate y arepa distraemos las tardes al calor de las historias de las montañas que se esconden en su boca marchita.

13 de diciembre del 2015 (domingo)

En las calles vacías, en las tardes serenas, la mujer de grises cabellos fija su mirada en el ocaso. El sofocante día reta su mirada, que no se inmuta ante la imponente de la estrella dorada. Las hojas tristes, arrastradas por el viento, acarician su frágil osamenta, que, como el crepúsculo, ansía la noche. Sus labios marchitos beben el manantial que emana del recuerdo de sus muertos. Y el canto de las aves florece con el despertar del día... y le recuerda la vida... y la devuelve a mis brazos.

15 de marzo de 2016 (martes)

Sofía:

Pertenecemos a dos mundos distintos, aun así, te deseo, y si estuvieras junto a mí, te amaría toda; si mis labios rozaran tu cuerpo olvidarías el tedio, olvidarías lo demás y le darías espacio al amor, a la vida.

02 de febrero de 2017 (jueves)

Ayer en la tarde, se hallaba una hermosa mujer. Estaba sentada en uno de los banquitos que ubicados debajo de los inmensos árboles silvestres resguardan a las gentes de las inclemencias del clima.

Aquella mujer parecía obnubilada, algo le robaba el pensamiento, permaneció absorta durante más de quince minutos mirando fijamente a la nada, sin siquiera parpadear. Lo sé con precisión porque admirado por su belleza y aprovechándome del hecho de que no se había percatado de mi presencia, la detallé en todo su ser el tiempo exacto que me fue permitido contemplarla.

En esto, un pero callejero, corpulento y bien dotado, se le acercó y al lamerle suavemente la mano la sacó del nirvana; se le trepó fácilmente y después de soltarle las largas trenzas la despojó bruscamente de sus ropas; una a una, iban cayendo las vestiduras que adornaban a aquel ser angelical; la falda, la blusa, el brasier y las bragas cayeron al suelo destrozadas por las húmedas fauces del azabache animal que, sin más, la poseyó.

Nadie intervino en el lamentable acto, parecía como si yo, aparte de la mujer y el sabueso, fuera el único consciente de la faena. Más tarde, absorto en mis profundas cavilaciones caí en la cuenta de que se trataba de Zeus.

12 de noviembre de 2018 (lunes)

“Igual al disoluto que besa y mordisquea el lacerado seno de una vieja ramera, si una ocasión se ofrece de placer clandestino la experimentamos a fondo como seca naranja”.

Charles Baudelaire

Era una mujer alta, rubia y de cabello abundante; los pechos medianos y la cintura delgada hacían juego con el firme trasero que meneaba conscientemente, al compás de la música del bar amigo del soltero. Era la primera vez que la veía, pero el deseo de invitarla a mi mesa era incontrolable, quería tomarme un trago con ella y sumergirme en su ser.

Al parecer, no tenía más de veinte años y aunque su cabellera dividida en un par de colas largas le daba un tinte más de juventud e inocencia, su mirada y ademanes de mujer traviesa traslucían tal sabiduría entre las sábanas que, tan solo de imaginar su sexo sobre mi rostro, transpiraba a borbotones. Evitarla era imposible.

Sabía que detrás de su postura fuerte e indiferente se escondía una vida triste y vacía. Adivinaba que en el fondo de tanta amargura había una voz que clamaba por un poco de amor; no sé, tal vez las ideas que fluían implacables eran el producto de mi necesidad por un poco de su carne tierna.

Daban las dos de la mañana y los clientes nos íbamos resignando una vez más a nuestras soledades grupales. La noche transcurría con tranquilidad y mientras el alcohol poco a poco se iba adueñando de mi cuerpo, las reservas de mi sobria timidez se esfumaban; entonces decidí invitarla a mi mesa; ella no lo dudó, al escuchar mis palabras afloró en su rostro una sonrisa un tanto fingida y resignada que me otorgó el derecho de poseerla por el valor de veinte minutos. Para ella, esos pesos quizás no representaban la cantidad que esperaba de un hombre bien vestido, pero le alcanzaba para empolvase la nariz y aguantar un par de horas más en ese antro de amores fugaces.

Sin preámbulos, me acarició la entrepierna suavemente mientras bebía un trago de mi copa desechable; súbitamente me dio la espalda y sin apartar su mirada de la mía, sacudió su trasero en mi miembro erecto, estiró levemente el cuello y descansó su cabeza en mi hombro. Extasiado, ubiqué mis manos en sus pechos juveniles y sin poder resistir un minuto más fuera de su ser, entrelacé mis dedos en los suyos y la halé hacia el pasillo que daba a las habitaciones; el deseo que me invadía era insoportable, acordamos el precio de sus servicios y sin reclamar en lo más mínimo, pagué lo pedido.

Entramos en un corredor largo; en uno de sus extremos estaba una matrona gorda y bien vivida que le arrebató los billetes y le entregó

en un manojo las llaves de la habitación, un par de condones baratos y papel higiénico sencillo; luego, la registró en una planilla trajojada que ubicó entre sus piernas regordetas.

Todas las habitaciones estaban ocupadas, tuvimos que esperar unos minutos mientras terminaban otros amoríos. Éramos varias parejas las que esperábamos el próximo turno y en nuestras miradas que forzosamente se encontraban, observé la inferioridad humana ante el instinto carnal que no puede reprimir. De una de las primeras habitaciones salió una pareja, la mujer entregó las llaves a la doña, encendió un cigarrillo de olores frutales insoportables y regresó al bar meneando su trasero perfumado. En esto, una anciana me tomó firmemente de un brazo, me recomendó calmar mi impaciencia y esperar unos minutos más mientras la habitación “respiraba”; en seguida, ambientó el lugar con olores artificiales y al salir palmeó con complicidad las nalgas de la que ahora, jactándose de su belleza, llamaba “mi mujer”.

Sin poder resistir, nos encerramos en aquella habitación de hedores indecibles e instantáneamente, como burlándose de mí, la mujer rozó sus labios con los míos, me frotó todo su cuerpo, pero no me dejaba poseerla, me alejaba de su sexo y me mostraba su autoridad. Entonces, me deshice fácilmente de la ropa y su boca agarró con firmeza el miembro impaciente que tan solo en veinte minutos debía

saciarse a plenitud. Toda ella fue mía y el orgasmo doloroso al sentirla ausente se apoderó de mí.. No era Sofía, no amaba como Sofía, pero se parecía bastante.

En este punto, la mujer no puede continuar con la lectura, llora lo que necesita y recorre el apartamento de un lado al otro. Finalmente, toma fuerzas y sigue.

20 de enero de 2019 (domingo)

No te escondas detrás de las cortinas de la pureza y la lealtad, sé que tus preceptos son falsos y tus intenciones, mezquinas.

Putas, no trates de engañarme con tus promesas de vida eterna, prefiero dormir bajo el efecto del opio y dejarme seducir por las excreciones inoportunas de mis cuerpos amados, antes de optar por la verborrea insensata que como miasma aflora de tus poros.

Putas mentirosas, no quieras adueñarte de mis deseos, déjame amar mis cuerpos, déjame acariciar la muerte y definirme en ella.

No me engañes con el soplo del alma, para mí son meras flatulencias cuyo hedor me recuerda la esencia carnal del ser. Ya has robado mucho de mí, déjalo así.

Putas, muere bajo el puñal de la indiferencia y no trates de refugiarte en otros porque caerás, parirás el engendro de la nada, así forniques con furor. Si me degüellas, tendré un último escupitajo reservado para ti.

¿Preguntas quién soy?; tal vez quieras saber quiénes somos, porque no somos uno, somos todo, somos todos, en nosotros no existe la singularidad.

Lo he percibido: somos excremento, tripas, razón, sensación y emoción, somos representación aleatoria del átomo, somos materia y energía que, incapaces de entenderse a sí mismas, buscan en las formas aproximaciones a la desazón de sus incógnitas.

Somos carne que no muere, somos elemento que inconsciente se transforma. Somos átomo, neutrón, electrón, protón, quartz y también infinito.

Somos conexión, repulsión, amor, somos vida. No nada, no tú, somos conciencia que inútilmente intenta entenderse a sí misma, somos libertad.

03 de abril de 2019 (miércoles)

Sofía:

Ven,

acércate

y háblame al oído.

Dame razones para convencerme de que nunca fuiste mía;

ven y dile a este cuerpo, para el mundo inerte,

que nunca te perteneció.

Habla con fulgor del otro a quien tú amas.

Toca mis manos y con un gesto de desprecio

hazles saber que nunca volverán a dibujarte;

abre mis ojos y muéstrales tus labios,

para que rectifiquen tu verdad.

Y entra en mí,

carcome mis entrañas,

embriágame de olvido;

si lo haces,

*no roces tus labios con mi tacto,
evita dejar nuevas huellas en mi piel.
Lava mi cerebro,
libéralo de ti;
para que así,
si algún día despierto,
pueda vivir felizmente engañado
con la idea de que no eres para mí.*

Sofía, cierra el cuaderno y lo ubica debajo de su almohada; abrazada a Luna y llora en silencio, hasta que sus ojos se apagan...

Enigma

Casi dan las diez de la noche. La pareja está ubicada en una de las mesas del lugar más oscuro del bar.

El hombre fija la mirada en el rostro inmutable de su acompañante mientras exhala pausadamente el humo del cigarrillo. El silencio momentáneo parece aprisionarlos en un cuadro. Los codos sobresalientes de la mujer se apoyan en la mesa embadurnada de licor y ceniza; mientras sus delgados dedos entrelazados permanecen debajo del terso mentón. La noche aún es joven, al menos para Ricardo que ha acostumbrado su biología a la vida nocturna; dos medias botellas de ron, unas cuantas cervezas y una veintena de cigarrillos apenas lo animan. La muerte reciente de Alberto justifica beber hasta perder la conciencia.

– Aún no me cabe en la cabeza –interrumpe el silencio la mujer en busca de respuestas, mientras masajea sus sienes.

– Tampoco me hago a la idea –dice Ricardo con voz firme.

Un joven alto, delgado, de tez morena, con un bozo que se resiste a seguir oculto en la pubertad, de corte militar y traje formal, limpia la mesa con los ojos clavados en las robustas piernas de Sofía, adornadas por un vestido blanco de rosas rojas que apenas le cubre la mitad de los muslos. Después de levantar las botellas vacías, el joven pregunta si pedirán algo más.

– Trae otra de ron y dos cervezas –se adelanta la mujer enderezando su postura.

– Claro que sí –dice Daniel, impresionado por la seguridad de la mujer.

– Hoy estás tan bella como siempre o un poco más, sé que el chico me apoya –dice Ricardo en tono burlón.

– Danielito tiene lo suyo; pero no me mueve, los prefiero mayores, eso ya lo sabes. Y, aunque te agradezco, no me lo digas, sé para dónde vas.

– Mi intención es estar a tu lado, ¿aún no te convences? Nunca dejé de pensar en ti...

– No me buscaste, no llamaste.

- Tú pusiste las condiciones.
- Eso, precisamente, fue lo que nos separó, –responde Sofía ajustando su cola de caballo –siempre haces lo que se te dice.
- ¿Y por eso lo preferiste?, ¿porque no te respetaba ni tenía en cuenta tus decisiones?
–responde Ricardo sin subir el tono.
- No seas injusto, Alberto nunca me humilló.
- Mira, Laura...
- No me digas así.
- Ja, ja, ja, –ríe estruendosamente Ricardo –no has cambiado nada, de verdad que te he extrañado, ¿por qué te fuiste? Nunca me importó que estuvieras con él...
- Sí, pero él no soportaba la idea.
- ¿Y aún así dices que te respetaba?
- Mira... en estos momentos no sé qué pensar.
- Sabes que te quiero y que estaba dispuesto a aceptarlo en tu vida.
- Lo sé, traté de hacérselo entender.
- Entonces me dejaste.
- Porque lo amaba.
- Y a mí, ¿me querías?
- ¿Qué crees?
- Quiero creer que sí.
- Sabes que sí.
- ¿Y ahora?

- Ahora estoy con alguien más.
- No me importa, ¿me quieres?
- También he pensado en ti.
- Mírame, ¿me quieres?

La mujer hace una pausa y enciende un nuevo cigarrillo con la brasa del anterior; mira alrededor del lugar y se queda en el mesero que la observa insistente desde la barra con una sonrisa estúpida. Solo los acompañan Daniel y una mujer mayor que dormita dentro de la barra.

- Aún siento algo. ¿Cómo se llama esta canción?
- Luz de día, de los enanitos... ¿Y por qué no lo intentamos?
- No es así de fácil, Ricardo; ha pasado tiempo, he hecho un trato con Miguel.
- Ese man es un bacán, ¿realmente qué te preocupa?
- Si no te acepta no lo dejaría por ti; además, ¿qué hay de Lorena?
- No te preocupes por ella.
- ¿Siguen juntos?
- Sí, todavía; pero ella es relajada.
- Déjame pensar.
- Extraño tu cuerpo –dice Ricardo sin apartar la mirada de los erectos pezones de Sofía –Sigues sin usar brasier.
- ¿No te gusta? –pregunta Sofía, segura de la respuesta.
- Sabes que me encanta, déjame besarte.
- Después querrás un polvo.
- Siempre.

– No estaría mal.

Sin dudarlo, Ricardo se levanta de la mesa, agarra de los brazos a la mujer y la besa.

– Podemos ir a mi apartamento –dice sin soltarla.

– Quiero tomarme otros tragos –responde Sofía intentado zafarse de las manos gigantes que no miden su fuerza. Ricardo la suelta consciente del error y se sienta nuevamente.

– Allá podemos seguir.

– ¿Y Lorena?

– Mmm, en el apartamento, no sé.

– La nena está buena.

– También le gustas.

– ¿Hay alguien que no le guste?

– Tiene buen gusto, no es una puta.

– ¿Es buena?

– Lo es.

– Quiero estar acá otro rato.

– De acuerdo, ¿fumas? –pregunta Ricardo mostrando una pipa plateada en forma de calavera.

– Ahora no.

– Relájate, no hay gente y solo serán un par de plones, el cigarrillo disimula el pisquero.

– Dale.

Ricardo saca del bolsillo derecho de su bluejean una bolsa minúscula con marihuana casi lista, la termina de preparar en su palma izquierda y la vierte en su calavera. Sin inmutarse y con la complicidad de Daniel que desde la barra observa el proceso, aspira una buena bocanada, retiene el humo durante algunos segundos, lo exhala hacia debajo de la mesa y pasa el instrumento a la mujer que se azora al ver al mesero dirigiéndose a su mesa.

– Viene por su plon de ley –afirma Ricardo.

La mujer fuma y consciente de los estragos de las mezclas, exhala rápidamente. Daniel se acerca caricaturizando su andar y fuma dos largas bocanadas, choca su puño derecho con la palma de Ricardo y se retira con las manos en los bolsillos del pantalón.

– Dime, ¿cómo pasó? –interroga Sofía.

– Fue un mal viaje, habíamos tomado más de la cuenta, se le fue la mano con el Pérez y el lemon lo terminó de joder.

– ¿Le diste pepas? –pregunta Sofía alterada.

– Él tenía lo suyo.

Las palabras de Pedraza, no convencen del todo a Sofía.

– No lo entiendo.

– Las de hoy eran de él.

– ¿Cómo?

– Las tomé de su apartamento la noche que murió. Sé que te parecerá extraño, pero...

– ¿Tú lo mataste? –pregunta Sofía con la voz entrecortada.

– No, él... simplemente... se desplomó, yo me asusté, tomé unas cosas y me fui.

– ¿Lo dejaste solo?

– No respiraba, no tenía pulso, yo me malviajé, me asusté, no sé cómo explicártelo, todo es muy confuso, no sé por qué lo hice, pensé que me culparían, tomé la yerba, las pepas y unos pesos que le raquetí, acomodé su cuerpo en el sofá y me fui; al otro día te llamé.

Los ojos claros de Sofía se empapan en lágrimas y sus manos temblorosas no pueden ocultar la angustia. Conoció a Ricardo mucho antes que a Alberto, y aunque lo cree incapaz de matar una mosca hay algo en sus palabras que no la convencen.

– Hacía mucho no lo veía, –sigue Ricardo –esa noche me llamó tipo siete, ya estaba ebrio cuando nos encontramos, no mucho, la verdad; pero sí tenía los ojos empiñatados, digamos... algo que un buen pericaso soluciona fácilmente; jugamos billar, nos tomamos unas polas, fumamos; todo muy normal, ya sabes cómo es.

– ¿Estuvieron con Lorena?

– Nunca lo hicimos, no porque ella o yo no quisiéramos, era cuestión de Alberto; a pesar de que lo pensaba bastante, no se atrevió; nos dejó con los crespos hechos, sobre todo a Lorena que siempre le tuvo ganas.

– ¿Y quién no? –ríe triste Sofía haciendo círculos con el ron en su vaso.

– Solo vivía por ti, siempre lo dejó claro. –Afirma Ricardo –¿Qué pasó con ustedes?

– Le hablé sobre Miguel; al principio no le dio mucha importancia; luego, fue cambiando poco a poco y al final, me dejó; aunque me escribía constantemente, después de que terminamos nos encontramos un par de veces, lo vi muy decaído, no era el mismo.

– Últimamente tomaba mucho.

– Eso era lo mejor –ríe Sofía con tono melancólico, se levanta de su silla y le ofrece el cigarrillo a Ricardo. –Voy a darle la mano a una amiga –ríe nuevamente y se dirige al baño que está al otro extremo del bar.

Ricardo da una buena bocanada al cigarrillo y bebe de un sorbo el trago que queda en su vaso. Observa las poderosas nalgas de Sofía y, con fuerza, se soba el miembro.

Daniel tampoco se esfuerza por disimular y la mira en detalle; sus ojos claros, su sonrisa perfecta y sus labios gruesos lo hipnotizan; pero son sus curvas las que lo aniquilan. La acompaña con la mirada hasta la puerta del baño, deja que se cierre la puerta detrás de ella y se dirige a la mesa de Ricardo.

– ¡Está rica, marica, qué culazo! – dice Daniel pidiendo con señas la pipa.

– Muy rica –confirma Ricardo –¿pero qué?, ¿usted y yo para cuándo? –pregunta pasándole la calavera con las sobras de la fumada anterior.

– Nooo, viejo; a mí me gustan las cucas, yo no me dejo bombardear la trinchera – responde Daniel con una carcajada.

– ¿Lo ha hecho alguna vez?

– Ni en pintura –responde Daniel con seriedad. Fuma dos veces y devuelve la pipa. Ricardo toma la calavera y acaricia la mano de Daniel. La talla de Ricardo que casi lo duplica, lo intimida. Sofía sale del baño y Daniel aprovecha para retirarse de la incómoda escena; se dirige al baño, cierra la puerta con seguro, toma de la canastilla el papel higiénico embadurnado de fresco orín, se embriaga en su olor y se masturba rápidamente. Para no despertar sospechas, baja la cisterna, se lava las manos y vuelve a tomar su lugar.

– Es mejor que se vaya –dice la mujer de la barra, –no hay gente.

– Tranquila doña Blanca, esto más tarde se compone.

– Son casi las once y no hemos vendido nada, es mejor cerrar.

– Esperemos un rato, si no entra nadie nos vamos; además, la monita está haciendo el gasto.

– Por “la monita” es que quiere quedarse, ¿cuándo va a dejar de meterse en problemas, Daniel? – pregunta Blanca decepcionada.

– Qué va, necesito propina, fijo hoy viene el profe.

– Las ganancias apenas alcanzan para su turno, mejor cobre esa cuenta y vamos cerrando.

– Relájese doña Blanca.

– ¿Y usted desde cuándo queriendo trabajar hasta tarde?

– Ya le dije, necesito hacerme lo del taxi.

– Esa gente está rara, me huele que esa niña es una “niña”.

– ¿Ricardo con una puta?

– ¿Ese es Ricardito? –Blanca se levanta de su butaca y echa una ojeada a la mesa de la pareja –Lléveles dos.

Daniel destapa las cervezas y las lleva a la mesa –de parte de doña Blanca –dice secamente, las pone en la mesa sin servir las en los vasos y se retira. La pareja al unísono da las gracias.

– Doña Blanca –dice Ricardo con una mueca. Sofía lo mira sin preguntar.

– “Danielito” –dice Sofía haciendo énfasis en cada una de las sílabas, después de tomar un trago –no hace sino mirarme el culo... –¿Sabes que es lo que más extraño de Alberto? –continúa la mujer. Ricardo calla, –su timidez, ¿quién creería que un hombre así, tan fuerte, tan serio...? cuando me miraba, se sonrojaba, yo lo veía y él hacía como si no fuera con él; entonces lo besaba, ¿sabes? Yo me lo cuadré; aunque él tomó la iniciativa nunca se decidió a decir nada, era como un niño grande con una varita mágica.

Ricardo observa a su acompañante, pero no la escucha; coge la botella de ron, un vaso mediano y se dirige a la barra. Su caminar tambaleante es muestra clara de los tragos y la droga que hasta ahora empiezan a dominarlo. La camisa a cuadros ya no permanece pulcra dentro de su pantalón.

– Dona Blanquita, ¿cómo me le va? Venga, tómese un trago –dice Ricardo alegremente mientras sirve de la botella, y riega sin intención el líquido en la barra.

– ¡Ricardito, qué milagro! –dice Blanca, jocosa.

– ¿Nos acompaña?

– Estoy cerrando, mijo –responde Blanca y espera a que Ricardo insista. El trago que tiene en frente le hace agua la boca.

– Quiero presentarle a una amiga –dice Ricardo con pésima vocalización.

Daniel ríe hacia adentro. Blanca siempre lo invita a la mesa cuando sale a tomar con los clientes y esta vez no será la excepción. La idea de sentarse al lado de Sofía lo inquieta, sabe que Ricardo dentro de poco caerá, entonces será su momento. Blanca se viste su chaqueta, sale de la barra y le da unos billetes a Daniel.

– Ya puede irse –se dirige Blanca a Daniel yendo detrás de Ricardo. El joven, cierra el lugar, lleva cuatro cervezas a la mesa y se ubica entre Blanca y Sofía. Blanca, acostumbrada a las acciones de su mesero, ni se inmuta.

Después de la presentación oportuna y unas cuantas carcajadas, de esas que suelen darse en las primeras conversaciones de personas desconocidas alrededor de una botella de licor, la jovialidad se disipa. Un par de horas con sus nuevos amigos son suficientes para Sofía, que ya no aguanta el tedio.

– Llama un taxi –se dirige Sofía a Ricardo.

– Voy contigo –responde este a su vez.

– Otra botella a mi nombre –propone Blanca dejándose llevar por su alcoholismo crónico.

Daniel se levanta de la mesa con ánimo de seguir las instrucciones de Blanca.

– Por hoy está bien así Blanquita –afirma Ricardo.

– Daniel, traiga otra botella –insiste Blanca.

Sofía se levanta de la mesa, se pone su abrigo y pregunta por la cuenta.

– No doy más –dice Sofía.

– Vamos –dice Ricardo, –¿cuánto le debo niño?

Daniel se resigna, bebe de un sorbo el último trago e instantáneamente confirma la cuenta.

Sofía paga y se dirige a la salida.

– ¿Le gusta la nena? Vamos a mi apartamento –le dice Ricardo a Daniel al oído mientras recoge sus cosas de la mesa.

Daniel y Ricardo se despiden y siguen a Sofía. Blanca, en soledad, destapa otra botella y pone en la rockola al caballero gaucho, el único que la ha acompañado en su embriaguez desde la desaparición de su hija Diana, una adolescente que de repente se esfumó sin decir una sola palabra, “un arrebató de juventud”, se consuela Blanca para no pensar en lo peor.

Sofía espera a Ricardo con ansiedad, la sorpresa en su rostro al ver a Daniel en el auto es notoria. Ha estado en la cama con varias personas a la vez pero ella siempre las escoge y la última palabra ha sido la suya. Esta vez es diferente, Ricardo no le ha consultado; aún así, la idea no le parece descabellada, aunque Daniel es muy joven, tiene algo que la inquieta. Así que deja que la noche dicte las normas.

– Diagonal 66 con séptima, barrio Asís –se dirige Ricardo al taxista; él va adelante, Daniel acompaña a Sofía en la silla trasera.

– Hoy vamos a perder la cabeza – afirma Pedraza.

– ¿Y el niño? –pregunta Sofía.

– Todo tuyo –responde Ricardo.

Daniel calla aparentando timidez y le gusta lo que escucha, al parecer Ricardo no insistirá con sus pretensiones de llevárselo a la cama y le dará vía libre con Sofía.

– ¿Te gusto? –le pregunta la mujer a Daniel con una sonrisa.

Aunque se imagina sumergido en su sexo, Daniel no sabe qué decir, solo se dedica a contemplarla.

- ¿Siempre eres tan calladito?
- Solo cuando estoy con una mujer tan linda.
- Ja, ja, ja, –ríe estruendosamente Ricardo. El taxista se limita a sonreír con disimulo.
- Yo puedo ser una loca pero usted es muy marica –dice Ricardo aún riendo.
- ¿En serio crees que soy linda?
- Mucho –confirma Daniel a pocos centímetros de la boca de Sofía.
- ¿Me darías un beso?
- Me casaría contigo.
- Osito, que ya puede empezar la fiesta –dice Ricardo que, como el taxista, no se pierde la “romántica” escena.

Daniel se lanza y alcanza a rosar los labios esquivos de Sofía.

Daniel quiere desaparecer; la mujer que tiene en frente lo supera, ahora no sabe si acompañar a la pareja. De Ricardo no sabe qué pensar, hace tan solo un momento estaba con Sofía y ahora le pide que la bese; la situación carece de sentido; pero calla y continúa, el rostro angelical de la mujer lo anima y el deseo le da fuerzas.

- A este con unos tragos lo ponemos en forma –afirma Ricardo al notar el silencio de Daniel –por la siguiente doble hacia la derecha media cuadra y me dice cuánto le debo –se dirige al taxista.
- Unos plones para trabar la borrachera –dice Daniel suplicante.
- Todos los que quiera, niño –responde Ricardo. –Por acá, ¿cuánto es?
- La mínima –dice el taxista. Ricardo paga la carrera.

Los tres bajan del carro y se disponen a entrar en el apartamento; las luces están encendidas, se escucha Girls, Girls, Girls de Mötley Crüe a alto volumen; a medida

que van avanzando hacia el lugar, la algarabía se hace más clara. Ricardo abre la puerta, Lorena lo recibe con júbilo y le da a beber tequila de una botella recién destapada; entran, Sofía y Daniel los siguen. Lorena, al ver a Sofía se desprende de los hombros de Ricardo, se dirige hacia ella y la besa en la boca; Sofía, sorprendida, se deja. El beso de las dos mujeres es una perla que Daniel no esperaba, esto le da una idea de lo que puede ocurrir esta noche.

– Lo siento, marica, lo siento mucho –se dirige Lorena a Sofía.

– No estuvo tan mal –ríe Sofía.

– Hablo de Alberto, estúpida –ríe, Lorena.

– Lo sé.

– ¿Cómo estás?

– Mucho mejor.

– Qué bueno verte –afirma Lorena y “a pico de botella” atraganta de tequila a Sofía.

– ¿Y esa cosa bonita quién es? –mira a Daniel.

– Un bocadillo –responde Ricardo.

– A ese pelado no le gustan los manes, déjelo en paz –dice Sofía.

– ¿Y para qué existe el brandy? –Pregunta Ricardo.

Lorena se dirige a Daniel, se presenta ofreciéndole su mano suave y en un vaso le brinda un trago. –Bienvenido al paraíso –dice, y se deja llevar por la letra de I want to break free de Queen, que pone a todo volumen.

En la sala hay no menos de veinte personas, recostadas en las esquinas, sentados en la mesa, los sofás y el piso. El lugar es modestamente cómodo, no muy amplio, a decir verdad, pero es la guarida perfecta para evadir los horarios de fiesta impartidos por la ley. La cantidad de botellas, líquidos y colillas esparcidas por doquier lo hacen parecer un basurero; aspecto poco relevante ahora que el ideal es embriagarse y amar las carnes ajenas.

Daniel reconoce el lugar, observa las paredes blancas sin ningún tipo de cuadro, foto familiar, título u obra de arte; la cocina es muy rudimentaria, allí solo hay una estufa de gas de dos puestos y unos cuantos trastes suficientes para cinco o seis personas. Observa desde los umbrales de las tres habitaciones grupos de tres o más personas que se aman sin restricciones; estas imágenes le producen un efecto instantáneo, se dirige al baño e intenta masturbarse, pero las heces, el vómito y el hedor del espacio le ayudan a calmarse; sale del baño y se une al grupo de Sofía. Ricardo lo abraza con su mano izquierda y con la otra le da de beber un trago de sabor extraño. Sofía lo agarra de la mano y lo arrastra hasta el sofá del patio. Ricardo, Lorena y un nuevo acompañante los siguen. Sofía sienta a Daniel en el sofá, engancha las piernas de este con sus rodillas, lo obliga a cogerle las nalgas y lo besa a sus anchas.

– ¿Así? –pregunta Sofía.

Daniel calla y con fuerza le arranca el vestido, chupa sus pezones desnudos y la vuelca; la desprende de sus bragas y se sacia en sus jugos vaginales. Entretanto, Ricardo la besa en la boca; Lorena hace lo propio con el otro. Daniel, poseído por la lujuria penetra a Sofía y en pocos minutos termina. La escena que ahora se le presenta le repugna: la boca de Sofía es dueña de las dotes de Ricardo quien, sin interrumpir el vaivén de su cadera, lo anima a continuar; pero Daniel se viste de prisa y se va.

Bañados en sudor, los cuerpos se funden en uno solo hasta que el amanecer los sorprende exhaustos. Sofía, sin poder sacar de su cabeza el todo de Alberto, cierra sus ojos y duerme. Ricardo la observa fijamente.

Fin.

En hombros de gigantes

Sexo y consciencia

En su texto: “La sociedad sitiada”, el escritor Zigmund Bauman, expone uno de los experimentos que se hacían en su clase de psicología social recibida en la escuela con el cual se observaba el comportamiento de las ratas y su rapidez de aprendizaje; en él ubicaban a las ratas en un laberinto en el que debían encontrar el camino que las llevaría directo a su comida y entre más rápido se encontrara este camino más exitoso se consideraba este proceso de aprendizaje, aunque bien sea dicho, Bauman no nos dice que los seres humanos sean iguales a las ratas, sí considera que debido a la similitud entre el laberinto de las ratas y el laberinto impuesto en el que nos desenvolvemos los humanos, los comportamientos dirigidos a la supervivencia son semejantes, puesto que, desde un principio, mediados por el ensayo y el error, y a pesar de las diferentes bifurcaciones que se nos aparecen en nuestro andar, encontramos un único camino que nos ofrece lo que necesitamos: El alimento; y luego seguimos este camino con una monotonía implacable.

En síntesis, el laberinto construido en el laboratorio era una réplica en miniatura del “gran mundo” de los humanos; para ser más exactos, era una réplica a escala de la visión que tenían de este mundo los incomparables seres humanos que afrontaban a diario la experiencia de vivir en él (Bauman, 2008, p.42).

Así como las ratas, los seres humanos estamos en un laberinto con pasadizos y muros perfectamente diseñados; en él se nos abren diferentes opciones las cuales debemos conocer y en el transcurrir del tiempo y la experiencia nos adaptamos al entorno pudiendo identificar el trayecto que nos lleva al elemento que nos ayuda a sobrevivir, y a veces esto nos basta.

Hay quienes viven como seres autómatas bajo las consignas sociales que se les dictan, sin siquiera poner en tela de juicio alguna de ellas cuando carece de sentido o veracidad, por asumirlas como reglas inquebrantables de un ser supremo o algún ente gubernamental dueño de la palabra y la ley. Esta percepción del mundo,

en su gran mayoría es la consecuencia directa del adoctrinamiento masivo que el estado y la iglesia han logrado mantener.

Desde el nacimiento, bajo el ejemplo y el miedo, se les dice a las personas cuáles son las verdades absolutas, qué deben pensar y cómo deben actuar para no desencajar en el orden social.

El cuerpo, históricamente, ha estado inmerso en una serie de circunstancias políticas que establecen unas relaciones de poder, las cuales “operan sobre él una presa inmediata; lo cercan, lo marcan, lo doman, lo someten a suplicio, lo fuerzan a unos trabajos, lo obligan a unas ceremonias, exigen de él unos signos” (Foucault, citado en Ruiz, 2017, p. 29).

Así, a quienes han vivido durante un tiempo considerable entre las sombras de estas verdades absolutas, se les dificulta ver el mundo de otra manera y rechazan posturas diferentes a las que se les ha impartido; puesto que estas que conocen, al ofrecerles esperanzas de trascender y ganar un espacio en el paraíso divino que soluciona de una vez por todas la angustia sobre la existencia y la muerte, funcionan.

Exactamente como lo plantea Platón en el séptimo libro de La República: “La alegoría de la caverna”, en el que se pretende poner de manifiesto nuestra naturaleza respecto a la educación o falta de la misma. En este mito se propone la idea de imaginar a unos hombres en una caverna con la entrada abierta a la luz, estos hombres han estado allí desde niños con las piernas y el cuello encadenados de tal manera que solo pueden mirar hacia el frente; más arriba, detrás de ellos brilla la luz de una fogata que proyecta las sombras de unas figuras que levantan unos titiriteros quienes a su vez le dan voz a algunas de las sombras proyectadas; esto es lo único que perciben y lo único que conocen estos hombres inmersos en el mundo de lo sensible, tal como nosotros, dice Platón, que solo vemos lo que los titiriteros quieren que veamos.

Así, los prisioneros representan a la mayoría de la humanidad, esclava y prisionera de su ignorancia e inconsciente de ella, aferrada a las costumbres, opiniones, prejuicios y falsas creencias de siempre. Estos prisioneros, al igual

que la mayoría de los hombres, creen que saben y se sienten felices en su ignorancia, pero viven en el error, y toman por real y verdadero lo que no son sino simples sombras de objetos fabricados y ecos de voces. Platón (Atenas o Egina, 1 ca. 427-347 a. C.)

Y si uno de estos hombres sale al mundo de las ideas, la luz del sol lo encandila, no le permite ver y prefiere volver a las sombras que ha visto siempre, y que representan su única verdad. Hay quienes se quedan allí y hay otros que, arrastrados o por propia cuenta son capaces de ver directamente la luz y desaprender para volver a la caverna y replantear los asuntos humanos.

En este ir y venir del mundo sensible al mundo de las ideas, no se trata, creo yo, de desechar las sombras proyectadas en la caverna que anteriormente se asumían como verdades, ni de absorber todo lo nuevo que se plantea desde afuera para llenar el vacío que se forma al salir a la luz y dejar las sombras y voces mentirosas atrás, sino de comparar lo vivido con las nuevas posturas para replantear supuestos con la mente abierta y dispuesta, sin ningún tipo de rechazo incongruente que pueda surgir debido al recuerdo de memorias falsas que aún puedan hacer mella en la razón. Para ello, la mejor aliada es la lectura lenta y precisa, sin afán, más bien consciente y con deseos de verdad, no se trata de atiborrarse de nueva información y datos precisos.

Platón en el Teeteto, o de la ciencia incluye en el concepto de “esclavos” a los reyes, los jueces y en general a todos los que no pueden respetar el tiempo propio que requiere el desarrollo del pensamiento, porque están obligados a decidir o concluir en un plazo determinado que los excluye de una relación con la verdad, la cual tiene sus propios ciclos, sus caminos y sus rodeos, sus ritmos y su tiempo, que ninguna instancia y ningún poder puede determinar de antemano. (Zuleta, 1994, p.103).

En este proceso, se presenta uno de los asuntos esenciales, si no el primordial, a través de la historia de la humanidad: la pregunta por la existencia, puesto que el hombre, basándose en la observación de la realidad que lo rodea, al tener conciencia de que morirá se inclina por darle un sentido a la vida. En un principio, llevado por las consignas religiosas, en este caso la fe católica, el hombre vive una vida apacible,

ya que creyéndose dueño de dos vidas – la carnal: la vida corta, la que lo pone a prueba y en donde debe seguir cada una de los mandamientos de Moisés, para ver si es merecedor de entrar en el reino de los cielos, y la espiritual: la vida eterna que responde a cada uno de los cuestionamientos sobre el yo egocéntrico que no dejará de existir –, la duda por la existencia queda resuelta. Como vemos, esta idea es muy gratificante, puesto que además de otorgarle al hombre el privilegio de estar eternamente al lado de sus seres queridos, calma la angustia que produce el hecho de dejar de existir y por ende se adopta a cabalidad.

Aun así, hay quienes a medida que pasan los años, se encuentran con varias posturas ideológicas que hacen tambalear las consignas preestablecidas y arraigadas en sus mentes desde la niñez, y las dudas aparecen. En este nuevo ciclo de repensar y reorganizar las ideas se cae en un vacío por la idea de que el tiempo vivido ha caído en saco roto, puesto que, puede ser el caso, se ha vivido una vida falsa en donde se profesaba devoción a un ser llamado Dios que podría no existir y los ideales se esfuman. Entonces vienen las preguntas, ¿realmente hay vida después de la muerte? ¿Somos carne y espíritu? ¿Vale la pena seguir las normas establecidas en esta vida terrenal? ¿Es verdad que existe Dios? ¿Y si Dios no existe, qué es la vida, quiénes somos, cómo vivir, para qué vivir?

Contrario a la idea del orden en el cosmos establecida por un ser creador supremo que todo lo ve y todo tiene escrito, aparecen postulados que dictan que en el universo no hay un orden preestablecido, es decir, que todo es aleatorio. Así, la posibilidad de que seamos meros caprichos de la naturaleza se muestra con fuerza; ya no somos seres perfectos hechos a imagen y semejanza de Dios padre sino resultado de la evolución de la materia que se adapta a las diferentes condiciones ambientales. Entonces, si Dios no existe, no somos obra divina y no fuimos hechos con un propósito concreto; puede ser que la existencia sea una mera casualidad de los átomos; cabe la posibilidad de que la forma humana sea otro más de los caprichos “inconscientes” de la materia que trata de entenderse a sí misma.

El “yo” con el mundo cambia de perspectiva, aspectos tales como la belleza, el amor y la norma moral, religiosa y política pasan a considerarse como meros

engaños de la psique individual y colectiva que hemos tenido arraigados durante años para desenvolvernó como “óptimos” seres sociales; pero, si no somos más que formas que deambulan en el tiempo mientras llega la hora de morir, ¿Para qué seguir con esta vida banal? Así, en este ir y venir de ideas que nos atropellan, puede llegar a la mente la idea del suicidio; no tenemos un por qué ni un para qué vivir, podemos morir en cualquier momento. De la misma manera como llegamos a este mundo sin pedirlo, sin necesitarlo y ahora conscientes del absurdo del mismo, podemos determinar que no queremos seguir y matarnos, ya no con nostalgia, sino haciendo uso del único derecho que ahora nos concierne: decidir nuestra suerte: “No hay más que un problema filosófico verdaderamente serio: el suicidio. Juzgar si la vida vale o no vale la pena de vivirla es responder a la pregunta fundamental de la filosofía”. (Camus, 1985, p.5)

En ese trayecto mentiroso en donde nuestro sino era el Dios todopoderoso que todo lo veía y en el que nos refugiábamos para sostener nuestro actuar, hemos encontrado ciertos aspectos de la existencia que nos convencen, tales como el arte que es el indiscutible factor que nos ha puesto en esta nueva visión, y la amistad que nos permite compartirlo.

Aquí nos detendremos un momento para dedicarle un espacio a “la amistad” precisamente; puesto que es esta la que nos identifica como seres sociales. De nada sirve rasgarnos las vestiduras en nuestras reflexiones si no tenemos a otro que escuche; es menester ese otro para dar fe de nuestra existencia – para que el decir ajeno tenga validez, debemos atenderlo –. No me refiero exclusivamente al amigo del salón, sino a todo aquel que puede ser escuchado, leído u observado, al artista que tiene algo que decir, al artista rodeado y permeado por los mismos elementos o factores que nos competen a todos pero que es capaz de mostrarnos un nuevo punto de vista, una nueva percepción del mundo con todo y su absurdo.

Este factor es el que nos ayuda a reventar la burbuja en la que estamos encerrados, ya que con él nos damos cuenta de que no estamos solos y de esta manera se nos facilita desaprender para estar cada vez más cerca de la utopía que nos proponemos: ese mundo ideal sin ataduras que nos apasiona.

El espíritu, el alma, ese ente intangible – inexistente, quiero decir –, quedó atrás, haciéndole compañía al “Dios omnipotente”, salió como pedo de borracho: hediondo, y dejó libres nuestras tripas. Ahora somos cuerpo, deseo, aunque prefiero llamarlo instinto porque por más que pretendamos ponerlo en términos racionales –y podemos hacerlo tal vez para prescindir de él–, no podemos negarlo. El comportamiento sexual pasa en nuestra especie por tres fases características: formación de la pareja, actividad precopulativa, en general (...) como ocurre en otras especies, se caracteriza por un comportamiento experimental y ambivalente, que implica conflictos entre el miedo, la agresión y la atracción sexual” (Morris, p.41)

Nuestra genética nos lleva a la cópula y a la procreación, la naturaleza antaño aseguró la reproducción de la especie, menos mal le salimos al paso y podemos disfrutar del acto sexual sin necesidad de traer a otros al mundo –que este sea nuestro premio por resistir–. Junto con el arte, el sexo es el placer por excelencia, es la forma exquisita e irracional del cuerpo pensante. Para consumir este acto, hay ciertos requisitos: los sujetos implicados deben estar de acuerdo, la obligación es aborrecida, tomada como violación y por lo tanto penalizada. “Podríamos decir que, más que moldear la civilización el moderno comportamiento sexual, ha sido el comportamiento sexual el que ha dado forma a la civilización” (Morris, p.40); no somos animales irracionales incapaces de evitar la transgresión a los otros cuerpos, es recomendable que el acto sexual se realice entre personas de edades cercanas y que ambas partes tengan la mayoría de edad; la madurez y la protección son indispensables para evitar enfermedades venéreas, bendiciones no deseadas y pactos morales.

Racionalmente, el sexo es ese impulso carnal que nos llama a la reproducción; nos interesan los cuerpos sanos, voluptuosos y jóvenes que nos asegurarían buenas crías; sin dejar esto de lado, no podemos dejar pasar la oportunidad de mirar un cuerpo hermoso y protuberante que se nos aparece en el camino y el deseo por poseerlo es inminente, y a veces lo logramos, otras no podemos y otras no debemos debido al engaño monógamo propio y al engaño a los demás, a la hipocresía y la norma moral.

Sin embargo, el deseo es naturalmente polígamo, no se preocupa por la descendencia, es sistemáticamente infiel y furiosamente nómada. Adoptar el modelo dominante supone infligir violentamente a su naturaleza e inaugurar una radical incompatibilidad de humor con el otro en materia de relación sexual (Onfray, 2002; 33).

Como queda dicho, hay quienes creen ciegamente en la norma, a quienes les cuesta salir de la caverna aun cuando los cimientos de la misma tambalean, y hay quienes critican la supuesta veracidad y coherencia de dichos presupuestos; este último, el cuerpo consciente es el que nos interesa por su voluntad de libertad.

De acuerdo con Onfray (2002), en esta lucha del cuerpo por librarse de las ataduras que no le permiten una relación placentera con el exterior, es necesario renunciar a la idea tradicional que relaciona la felicidad como autorrealización en, por y para el prójimo; la pareja fusionada ya no será el ideal, el cuerpo y el alma (entendida como una de las mil modalidades de la materia) no se opondrán sino que serán un mismo ser que siente y desea; el amor, la procreación, la sexualidad, la monogamia, la sexualidad y la cohabitación no serán parte del mismo conjunto, la idea judeocristiana de lo femenino, el pecado, la falta y la culpa se reprocharán, así como la misoginia, el monoteísmo y el orden falocrático; se desecharán las ideas esclavistas sobre las cuales se ha erigido nuestra civilización como el auto desprecio, la virginidad, la renuncia y el matrimonio. Para ello, el deseo será el bien supremo, se secularizará la carne, se desacralizará el cuerpo y se entrará en la poética del placer.

El cuerpo, el dogma y las letras

Mi cuerpo, mi texto.

*A los despreciadores del cuerpo quiero decirles
mi palabra. No deben
aprender ni enseñar otras doctrinas, sino tan
solo decir adiós a su
propio cuerpo - y así enmudecer
F. Nietzsche, Así habló Zaratustra*

Para la escritura de la obra, la primera preocupación es la proyección del cuerpo en el papel, inquieta esa especie de desdoblamiento del ser social en el personaje ficticio, y no se habla aquí de una experiencia auto ficcional ya que, aunque el escribiente sí bebe de ciertas experiencias propias para la escritura, lo primordial es trabajar con la idea central de la apuesta estética que radica en la exploración del problema de la represión del cuerpo sexuado; esta proyección del cuerpo en la obra es un proceso que Cristian Rincón (2018) define como: “la reflexión en torno a las formas en las que el sujeto convierte lo ético en estético mediante un ejercicio de escritura” (p.11). No está de más decir que dicha ética no se refiere al constructo social sino a la idea que el artista tiene de su propio cuerpo, de su vida y de sus ideales, lo cual transforma en arte como forma de escape; piénsese en *Un artista del hambre* o en *La metamorfosis* de Kafka, obras que muestran al desnudo la desazón y angustia del artista por una vida vacía y monótona reglamentada por leyes ajenas a la libertad individual. Por su parte, Rincón pone de manifiesto el interés por desnudarse ante el papel y dejarlo fluir en la obra literaria: “Este texto es básicamente un cuerpo ensayando, lo que implica que los movimientos van de un lado al otro distribuyendo las fuerzas hasta adquirir formas imprevistas, accidentes fisiológicos y teóricos que buscan encontrar de manera incesante, un ritmo propio” (p.14). Esto es precisamente lo que se busca en la presente apuesta creativa, dejar que el cuerpo fluya y encuentre su propio ritmo, que se deje llevar por lo que encuentra en el camino; aún así, esto no basta, el cuerpo debe estar en constante relación con los otros, debe adquirir experiencia y conocer las ideas que caracterizan su contexto, para entenderlas, para tomar una postura al respecto y en consecuencia, actuar; dejando de lado sesgos y dogmas, y fluir en el papel y en la vida con firmeza y sobriedad.

Al respecto, Rincón introduce la somatopoética, la cual define como el conjunto de relaciones corporales y poéticas para la adquisición y uso de tejidos que estimulan la creación. El cuerpo y sus experiencias sensoriales está directamente relacionado con las letras y en conjunto facilitan la creación artística. En Rincón, el artista se vale de la anatomía del artista: la boca, el ombligo, la arruga, la mano y el corazón, que busca en la literatura un desdoblamiento en el que –lejos del mero exhibicionismo– el trauma o huella de su biografía se transforma en la trama de la obra; este es un proceso en el que es necesario meter el dedo en el corazón para cambiar el ritmo cardíaco y dejar de restringir el deseo. Es cierto que nuestros cuerpos están mediados por diferentes factores morales que siguen a cabalidad intereses grupales, pero si somos sinceros con nosotros mismos, debemos quitarnos la venda de los ojos y luchar por lo que realmente necesitamos y queremos con ansia “La poesía (...), es la búsqueda y la elaboración constante del ritmo propio (la fiesta secreta), pero para poder acceder a ello, ha de ser necesario perder el ritmo que nos precede en el lenguaje” (p.38). Pérdida de ritmo por la necesidad de contar que Rivera nos explica con los ejemplos de Cervantes y del boom literario que transgredieron las literaturas que les antecedieron para entablar una relación directa con sus tiempos y los contextos que necesitan nuevas voces narradoras; Horacio Castellanos dirá:

Empecé a escribir cuentos sin proponérmelo. Apenas alcanzaba mis veinte años, escribía poemas y me consideraba poeta; la narrativa me parecía algo ajeno. Supongo que el hecho de vivir en el fragor de una guerra civil me intoxicó de realidades contundentes, de historias que no cabían en el verso, de ansias de contar. De pronto me encontré escribiendo cuentos como si fuesen poemas, con la misma sensación de asombro, con la misma espontaneidad, sin la racionalidad del narrador que todo lo planifica. Los linderos del asombro (Como se citó en Manzoni, 2015)

Como vemos, el escritor encuentra en la literatura el pretexto perfecto para liberarse de sus demonios y es esta herramienta artística la que a veces absorbe al escribiente por su necesidad de ser contada; Manzoni (2015), en el acercamiento que

hace sobre el trabajo de Horacio Castellanos, encuentra que el artista, a través de las voces de sus narradores, personajes e historias, deja ver la desazón por la inestabilidad en que vive:

Las mentiras, las verdades a medias, las modestas intrigas y la banalidad, acrecientan el clima opresivo, de ahogo y de clausura que se autoriza en un lenguaje intenso, seco, brutal –por momentos grotesco– (...). Porque la realidad no es transparente, sólo por la escritura parece posible que lleguen a articularse unas voces sacudidas por la historia, la política, la traición y la guerra. (Manzoni, 2015, p.454)

Es claro que, aunque la literatura se muestra como alternativa para contar historias que le permiten al autor sacar a flote los demonios que le roban la tranquilidad; aún en nuestra época, aspectos como la política, la religión y el sexo libre, siguen siendo, en muchos casos, esas monstruosidades que no salen al desnudo de nuestras entrañas porque transgreden el imaginario colectivo, se convierten en pretextos de repulsión y rechazo y estancan la labor del artista; por ello, se hace necesario consumir tanto las relaciones amorosas como declarar ideales políticos y religiosos, para no quedarnos en meras experiencias onanistas y decadentes, para este propósito, teniendo al arte como nuestro mejor aliado, es importante dejar de lado nuestros miedos más profundos y luchar con franqueza para reconocernos a nosotros mismos y proyectarnos en los demás como referentes de libertad: “El estudio del cuerpo desde el lenguaje nos propone una forma de acceder a la experiencia de interconexión con el propio cuerpo, con el mundo, con los otros” (Pinzón, 2014, p.283). Así, es evidente la necesidad de opacar la soberbia de valernos por nosotros mismos y para nosotros mismos, puesto que somos seres sociales que necesitan de los otros para existir; nuestra esencia bebe de los diferentes roses que experimenta nuestra piel y de las ideas que en las letras podemos extraer y sumar.

El trabajo de Pinzón apuesta por la reivindicación de las experiencias vividas del propio cuerpo a través del uso de la palabra escrita, idea cimentada en la teoría de Merleau-Ponty que, de acuerdo con Pinzón (2014): “Invita a reflexionar sobre el contacto primigenio, caótico de nuestra piel con el mundo de la vida” (p.283). En su

apuesta, el cuerpo es un ente inacabado reglamentado por visos parciales del mundo, que necesita de la escritura para complementarse, lograr una objetividad más acertada de la realidad y abandonar el ensimismamiento; esto se da, aunque la expresividad se observe desde la misma experiencia individual del artista (Pinzón, 2014). Estas ideas ofrecen mucho valor y fuerzas para continuar en el mundo de las letras, ya que otorgan el privilegio de repensarse a través de la experiencia vivida y la palabra escrita para obtener un grado más de objetividad en este proceso de autoconocimiento y búsqueda de libertad.

En estos términos, se plantea que la interconexión entre el cuerpo y el lenguaje es fundamental desde una concepción fenomenológica que permita el reconocimiento de nuestra experiencia con el mundo y con los otros como cuerpo, como sintiente-pensante. El sujeto determinado por la modernidad, en su actitud de estudio sobre los objetos, es invitado a la mixtura, a la promiscuidad con el objeto de estudio, haciendo parte de él, como una incrustación que se confunde con su propia carne (Pinzón, 2014, p.284).

La palabra escrita no puede desenlazarse del cuerpo y la experiencia vivida, pues es el cuerpo el que anhela la interconexión con las letras para no dejar su vivencia en la mera experiencia subjetiva y el olvido; así mismo, la literatura se abre a las diferentes formas de pensar y vivir de los cuerpos sintientes: “El cuerpo, en interconexión con el lenguaje, es expresión de una experiencia concreta, en el sentido de un acercamiento al cuerpo vivido” (p.284). En su análisis, Pinzón encuentra que el lenguaje es el punto de interconexión del cuerpo, con el mundo y con los otros; por ende, en la escritura es necesario encontrar algo para decir, una experiencia propia ligada a la necesidad de decir, que nos permita relacionarnos con el mundo y con los otros.

En cuanto el hombre se sirve del lenguaje para establecer una relación viva consigo mismo o con sus semejantes, el lenguaje no es ya un instrumento, no es ya un medio, es una manifestación, una revelación del ser íntimo y del vínculo psíquico que nos une al mundo y a nuestros semejantes. Merleau-Ponty (como se citó en Pinzón, 2014)

El lenguaje, además de permitir una relación cercana del artista con el mundo que lo rodea y los otros que lo habitan, es la herramienta para crear conciencia sobre el propio cuerpo y los ideales de libertad y opresión arraigados en el mismo. La mente recuerda su cuerpo, lo siente y lo lleva al papel para identificarse y posicionarse de manera objetiva y certera en el lugar propio de su ser, los sentidos se abren, ven, oyen, sienten, y dejan ver, oír y sentir e incentivan a los otros cuerpos a vivir su propia relación cuerpo-texto, este es el verdadero sentido de la palabra: “El contacto con la literatura no solo se produce a partir del pensamiento, es una experiencia de la piel, del sentimiento, de turbación y posibilita la apertura a formas de ser cuerpo, con los otros, con el mundo” (Pinzón, 2014, p.288).

La historia no miente

*Algunos se quedan dormidos para siempre.
Son como el que durmió tendido en la nieve y
nunca más despertó. Pero yo no corro peligro,
porque mi casa, mi jardín, mi vida agradable, no
consiguen arrullarme. Sé que estoy en una bonita
cárcel de la que solo podré huir escribiendo*
Anaïs Nin, *Diario I*

Luego de establecer la relación directa del cuerpo con la literatura, nos enfocaremos en algunos trabajos que narran esa indiscutible necesidad que el cuerpo encadenado y reglamentado tiene por contar. De acuerdo con Sánchez, M. (2014) la literatura contemporánea latinoamericana está fuertemente influenciada por la tradicional cultura patriarcal heredada del catolicismo que determina el actuar y pensar de los personajes que en ella se muestran, sobre todo en relatos escritos por mujeres. Dichos discursos, están plagados del tradicional dogma católico en el que se oprime cada vez más a la mujer, se empodera al hombre y claramente se restringen diferentes formas de sexualidad.

Esa relación del cuerpo subyugado y el papel que narra, la podemos ver en Miqueo (2016), quien encuentra en relatos de primera mano de la época del franquismo que, en aquella época, la educación sexual se limitaba a hablar de sexo y a evitarlo porque todo era pecado, hasta el mismo pensamiento sobre él era una

muestra de impureza, la cual debía ser lavada con la confesión. De la misma manera, el vestido de las mujeres debía cubrirlas muy bien porque el cuerpo era sinónimo de lujuria y en el matrimonio había tantos hijos como quisiera el hombre: “Lo más importante es procrear. Cuantos más hijos mejor” Chiziane (como se citó en García 2016, p. 29).

Por su parte, Garcés (2019), valiéndose de su propio diario y algunos relatos de mujeres de su época, nos muestra cómo la familia y sobre todo la Iglesia le impusieron ideas tales como prepararse para ser una esposa obediente, la fe y la creencia en el Dios católico, el rezo constante para fortalecer el desarrollo espiritual, el cuidado de la virginidad y el no distraer la mente más que en la contemplación de Dios. Estas ideas, estaban cimentadas en valores como la obediencia y el silencio propio de la mujer sumisa a los designios de la Iglesia. Así, en lugar de permitirles a las mujeres expresarse y exteriorizar sus pensamientos, se les enseñaba a mantener un diálogo constante con Dios. Situación que permitió que factores como el lenguaje y la identidad perdieran todo valor; Ramos (2019) dirá: la sexualidad es una estrategia social que genera y controla el deseo erótico desde la normatización (p.4), como lo vemos en Gil (2012), quien afirma que “la Iglesia, desde el siglo xii, estableció un vínculo indisoluble entre la sexualidad, el matrimonio (...) y la procreación, que definía lo que se consideraba el núcleo de la sociedad: la familia” (p. 16).

Si traemos esta situación a la actualidad aceptaremos que, aunque gozamos de una mayor libertad en la toma de decisiones sobre nuestro cuerpo, aún nos rigen varios paradigmas que nos han insertado desde los intereses religiosos y políticos y nos cuesta asumir una posición diferente sobre el cuerpo sexuado, puesto que conceptos como la monogamia, la familia, y la sexualidad, mal entendidos, nos dictan cómo vivir. “El cuerpo, (...), nos permite establecer relaciones individuales y colectivas para vivenciar (...) nuestra afectividad, el placer sexual y nuestro lugar como sujetos sexualizados y generizados; esta experiencia está mediada por unas relaciones de poder que regulan los cuerpos” (Ramos, 2019, p.5); lo cual, siguiendo a Rivera hace que sea necesario cambiar el ritmo de la palabra y del arte para

alejarnos de discursos disímiles a la época y a factores sociales y culturales que nos competen.

Vemos que los paradigmas sociales a los que nos enfrentamos en nuestro diario vivir son una parte importante en la toma de nuestras decisiones sexuales, morales y artísticas; no podemos dejar de lado el hecho de que nuestra conciencia está mediada por normas que satisfacen a unos pocos y cada vez nos oprimen un poco más, es por ello que se hace necesario el reconocimiento de nuestros ideales y ser fiel a ellos para decantar nuestra individualidad y nuestro arte como seres sociales. Nuestro arte no debe estar plagado de posturas ajenas para satisfacer a otros, sino que debe ser franco y permitirnos reencontrarnos con nosotros mismos.

“El arte debe disponerse para toda la sociedad como una estrategia para transgredir, denunciar, criticar y configurar espacios de diálogo y de verdad” (Ruiz, 2017, p. 16); tal como lo plantea Hernando Téllez, quien, de acuerdo con Sánchez, D. 2014, se propuso la eliminación de los defectos de la literatura heredada por medio de la sustitución, creando una nueva literatura en la que los defectos tachados a la tradición desaparecieran”. En esta línea, han surgido una serie de escritores que logran mostrar sus inconformidades para, a través de la literatura, abogar por una sociedad más incluyente. “Al observar con detenimiento la narrativa contemporánea, se evidencia la parte humana de la sociedad, sus contradicciones, sus necesidades, las represiones de las que ha sido víctima, los deseos, los sueños” (Sánchez, M. 2014, p. 69). En consecuencia, es menester reconocer y observar con detenimiento los diferentes factores sociales opresores que estancan nuestros anhelos, para, a través de la palabra y nuevas experiencias ideológicas y emocionales, librarnos de las cadenas que nos aprisionan.

La literatura entonces se yergue como acto de denuncia ante la injusticia social que por medio de la política y la religión cala en los cuerpos y estigmatiza la libertad. Hernando Téllez dirá que el arte subordinado a la política establece una contradicción de principios; para él, la verdadera literatura nace del conflicto que tiene el hombre consigo mismo y de las circunstancias que problematizan su vida. Así, aunque en ocasiones, como es el caso de Téllez, la literatura no se preocupa por

la reivindicación social, sí lo hace por el individuo: desciende hasta el alma de los hombres y los pone a relatar sus contradicciones, sus miedos, sus incertidumbres, a la vez que refiere la convivencia de sistemas de valores pertenecientes a momentos históricos distintos en un espacio común (Sánchez, D. 2014). Tal como ocurre en esta apuesta creativa, la cual, aunque pretende crear un espacio de reflexión sobre la influencia del catolicismo en la represión del cuerpo, tiene como propósito de fondo ahondar en la consciencia del artista y develar sus propios misterios.

Todo ello, teniendo en cuenta que, en la actualidad, el escribiente ya no se queda en la mera anécdota de su historia ni se interesa en entretener a sus posibles lectores, puesto que ahora tiene una conciencia plena de su tiempo y el poder de su palabra: “Lentamente, los escritores se despojan de los estereotipos, del anecdotismo, superan el maniqueísmo y tornan hacia una reflexión más crítica de los hechos, vislumbrando una nueva opción estética y, en consecuencia, una nueva manera de aprehender la realidad” (Escobar, como se citó en Sánchez, D. 2014). Con estas herramientas, el adoctrinamiento, el miedo hacia la verdad y el aprisionamiento de las ideas harán parte del pasado puesto que se abogará por la integridad individual, social y artística.

Sexo y Libertad

*Pero también las piernas son cavernas
donde el eco se funde con el grito
y cumplen con el viejo requisito
de buscar el amparo de otras piernas.
M. Benedetti.*

Ahora bien, de acuerdo con los antecedentes mencionados, vemos que la política y la religión ejercen un gran poder sobre la sociedad, y la literatura puede ayudarnos a liberar nuestros cuerpos de las cadenas opresoras. En lo que a nosotros respecta, buscamos el salvoconducto que nos permita amar otros cuerpos, en el papel o en la vida, como la prostituta de “Boca de sapo” quien dice:

Hermelinda, en cambio, era una hembra cercana y precisa, con una atrevida mezcla de sangre en las venas y muy buena disposición para festejar. Había escogido ese

oficio de consuelo por pura y simple vocación, le gustaban casi todos los hombres en general y muchos en particular. Allende (como se citó en Sánchez, M. 2014)

Esto, a la inversa, es lo que nos interesa; puesto que apartados de paradigmas indignos de la libertad del cuerpo, buscamos amar varios cuerpos femeninos que, a la par, deseen ser amados, esto por pura vocación y por nuestra buena disposición para la fiesta. Así, es necesario recopilar algunos antecedentes que nos acerquen a esta problemática para entrar de lleno en la discusión que se avecina.

Hay cuerpos que con su mera presencia logran desafiar la norma, entre ellos están los de carne y hueso y los literarios, estos últimos no pueden estar sin los primeros que se esfuerzan por vivir y nutrir la literatura, aunque existen unos sacados de los imaginarios más descabellados y libres que limpian el nombre de la experiencia vivida subyugada y acrecientan el anhelo por vivir lo reprimido; en este marco se encuentra el estudio de Esguerra y Quintana (2017) sobre el performance de Liliana y Jesusa: dos mujeres lesbianas que dan rienda suelta a sus imaginarios y los ponen en las tablas para luchar contra las ideas opresoras que estigmatizan sus cuerpos.

Nuestra reflexión muestra cómo la creación, la experiencia —entendida como lugar político— y las propuestas colectivas de Liliana y Jesusa se ponen en juego en un campo de lucha performativa donde sus discursos desobedientes proponen maneras de resistencia y fuga a los regímenes coloniales-modernos- capitalistas de género y sexualidad. (p.62)

Al respecto, Ruiz (2017), aclara: “Un ser estigmatizado es aquel individuo inhabilitado para una plena aceptación social, debido a actitudes que se perciben como faltas de voluntad o antinaturales (p.27). Así las cosas, y enfatizando en que el sino de nuestra apuesta es el amor por varios cuerpos; podemos referirnos a la poligamia; concepto del cual, en el análisis sobre la obra “Niketche. Una historia de poligamia”, García (2016) nos hace un claro acercamiento. En la literalidad y en la población en la que se ambienta la obra, fuertemente marcada por el islamismo; la poligamia se da por la costumbre ancestral del pueblo y por el poder que le da al

hombre tener muchas mujeres, lo cual lo convierte en patriarca: “Porque la poligamia es poder, porque es estupendo ser un patriarca y dominar” Chiziane (como se citó en García 2016, p. 24).

Pero esto no es lo que nos interesa, ya que, por un lado, en las mismas palabras de García sobre las mujeres de la novela, estas aceptan compartir a sus maridos por varios factores: falta de educación, influencia religiosa y por necesidad económica; a nosotros, en cambio, nos atraen los cuerpos que amen y deseen ser amados, sin ningún tipo de estigma, restricción o paradigma. Por otro lado, lejos de buscar la dominación y el poder, intentamos liberar nuestros cuerpos en un ideal artístico y vivencial en donde, tanto el hombre como la mujer, tengan plena certeza de su sexualidad y la libertad sobre la misma.

Sufrimos una ironía: queremos vivir bajo nuestros propios ideales morales, pero le damos más peso a lo que se nos imparte desde el poder político y religioso. Encontramos en el análisis de Montes (1989) sobre la obra de Ángel Ganivet, ese personaje que bien explica esta idea de la cual queremos desprendernos: “Pío, en resumen, se encuentra atrapado entre dos vertientes de la realidad cultural exterior, monogamia y poligamia, que configuran las contradicciones de su realidad interior, amor y sexo” (p.66), una vida es la que anhela y otra la que vive por simple norma: “La multiplicidad amatoria será para Pío Cid un vehículo de la abstinencia, ya que el instinto sexual del personaje está apresado dentro de fantasías eróticas que no llegan a hacerse realidad” (p.65), *donjuanismo platónico* que nos hiela las venas y nos incita un poco más a buscar la libertad.

Libertad y ruptura del cascarón apreciada en la investigación de Bernal et. al, la cual se enfoca en el concepto de “pareja abierta” o “poliamor”. Aquí se hace énfasis en los comportamientos sexuales de los pobladores de Pereira y Medellín y los antecedentes sociales y culturales ligados a la monogamia y al catolicismo. Las autoras, dejan ver en su trabajo que, tanto en Medellín como en Pereira, los miembros de las relaciones poliamorosas, generalmente, no se identifican con ninguna comunidad religiosa; puesto que sus anhelos por la libertad social y sexual están desligados a los preceptos morales de dichas sectas.

En Medellín, tuvo mucha influencia el catolicismo en la construcción de una familia como centro de la sociedad en donde el hombre proveía y la mujer cuidaba el hogar; en este contexto, el hombre estaba en la cabeza del poder, podía tener otras mujeres e hijos para asegurar la expansión y control del territorio y la mujer era referente de sumisión y virtud de la crianza de los hijos.

La religión en Antioquia constituye un fuerte marcador de identidad, “posiblemente el más determinante”; una identidad ligada a la aceptación de la moral cristiana, que vigila los comportamientos de los individuos que se comparten en los cultos, involucrándolos tácitamente al colectivo dentro del ambiente social propiciado por las festividades religiosas (Sandoval y Moreno, 2008, como se citó en Bernal, et al., 2019, p. 16).

No sucede lo mismo en Pereira, allí los dirigentes políticos promovían ideales que permitían diferentes ideologías políticas y sociales.

Las autoras, aseguran que, en la actualidad, debido a la libertad social, la individualidad y la autonomía, tanto en Antioquia como en Pereira, los ciudadanos han asumido nuevas posturas políticas, religiosas y formas de ver la vida que han influenciado su percepción de los roles femeninos y masculinos: la mujer es más activa en la vida laboral y académica y el hombre a su vez ayuda en las labores domésticas. Libertad que, al dejar de lado el tradicionalismo católico, también recae en la construcción de relaciones poliamorosas y establece sus propias leyes y límites.

La persona que opta por el poliamor, que no es más que la búsqueda de la libertad del cuerpo sexuado, no se identifica con alguna doctrina religiosa, ya que su libertad afectiva y sexual está concebida de una manera diferente. Las relaciones existentes bajo esta moral se dan con el consentimiento de todos los integrantes y buscan la igualdad, la honestidad y la libertad (Bernal, et al., 2019).

La sensación de asumirnos juntos, pero a la vez en libertad, es decir, yo te encontré, tengo un vínculo contigo, creamos una historia, tenemos unas emociones juntos y sentimientos; por un acto de libertad quiero estar contigo y siendo consecuente con ese acto, pues obviamente, estoy vinculado contigo, pero no me siento forzado (EM7, como se citó en Bernal, et al., 2019, p. 19).

Estas relaciones buscan zafarse de la posesión y control del cuerpo que impone el catolicismo con sus ideales de sumisión y monogamia desligados de la realidad actual. Postura que abre las puertas para experimentar nuevas formas tanto afectivas como sexuales. Las autoras aclaran que los participantes de la investigación manifestaron que el desafío más grande en este proceso de buscar la libertad del cuerpo ha sido el desaprender modelos canónicos y tradicionales impartidos por la sociedad.

Las letras y el catolicismo

*El que adopta una manera de pensar en función de la de los
demás está rematadamente loco.*

Marquez de Sade

Finalmente, en este cuarto apartado, centraré mis esfuerzos en la exposición de algunos textos literarios que están estrechamente ligados al mundo del catolicismo, y con ello, además de demostrar la viabilidad de mi apuesta, que pretende desembocar en una especie de exorcismo del dogma católico impregnado en mí, sentarme en hombros de gigantes que sé, me llevarán por buen camino en este andar.

En primer lugar, “El matadero” de Esteban Echeverría, se desarrolla en el contexto de un matadero de la ciudad de Buenos Aires en algún momento de la cuarta década del siglo XIX del calendario católico, en época de cuaresma. Este es una clara denuncia de la injusticia social de la época arraigada en la autoridad de la Iglesia y sus normas de vida acatadas a cabalidad por la población dócilmente sometida al mandamiento católico dispuesto a las armas contra cualquier tipo de herejía. Allí se presentan una serie de ironías referentes a esta vida doctrinal y su indiscutible influencia en el pensar y actuar de los habitantes de dicha ciudad, más acertadamente a los pobladores del matadero y sus alrededores.

Es una ciudad enferma de peste en donde escasea la carne por orden de la iglesia que firmemente se asienta en contra del pecado, esto a sabiendas de que el pueblo bonaerense adoctrinado hasta las entrañas seguirá estos preceptos como

buenos católicos, aunque se aclara que, a pesar de la norma indiscutible, no faltan los herejotes dispuestos a contaminar la sociedad con el “mal ejemplo” que implica zafarse del dogma establecido.

El matadero es una gran playa en forma rectangular ubicada en el extremo de dos calles; se muestra como un lugar sucio e insalubre debido a la cantidad de ratas que allí habitan, hediondo por causa de la sanguaza que se acumula, y rodeado por un lodazal que en época de lluvias hunde a los animales apeñuscados dejándolos prácticamente sin movimiento. Allí, el juez es la ley, quien se encarga de cobrar los impuestos, este es nombrado por el restaurador, jefe católico, que impone su fe política irreprochable y el desagrado por todo aquel seguidor de libertad.

En segundo lugar, en “Mapocho”, de Nona Fernández, se ve cómo después de deambular por el mundo al lado de su hermano y su madre, la Rucia, personaje principal de la obra, llega a su lugar de origen y en el recorrido por las calles, en busca de respuestas sobre su familia, y con una nueva conciencia, encuentra historias en donde se aprecia en modo burlesco la humanidad del conquistador, el desprecio hacia las muertes impunes de los que piensan y actúan diferente, la historia nacional embellecida por un único escribiente, la imposición de creencias disímiles e incongruentes a las propias son el sino de su pueblo, la mentira y el abandono inducido, y la mierda que reemplaza a los peces del Mapocho de Santiago, situación de la cual es casi imposible escapar.

Nací maldita. Desde la concha de mi madre hasta el cajón en el que ahora descanso. Un aura de mierda me acompaña, un mojón instalado en el centro de mi cabeza, como el medio melón de los piantados, pero más hediondo, menos lírico. Nací cagada. Desde el juanete del pie hasta la última mecha desteñida que me cuelga de la nuca. Me escupieron y fui a dar al fin del mundo, al sur de todo. Un gargajo estampado en este rincón que se cae del mapa (Fernández, 2002, p.13).

Dice la Rucia en ese lugar maldito impregnado por el catolicismo y la mierda que trajeron los colonos al nuevo mundo y que ahora infecta todo lo que pudo ser amado.

Finalmente, sin lugar a dudas, debo referirme a “La virgen de los sicarios”, del escritor Fernando Vallejo; allí, se desarrolla una ciudad sumergida en la guerra contra el narcotráfico, una ciudad impregnada de muerte, pobreza y religión; revivida desde la adultez del narrador que la recuerda infantil, limpia y alegre.

Aparece la remembranza del día en que elevaron un globo rojo con el único propósito, tal vez, de que resplandeciera el cielo azul, pero que indudablemente nos sirve como punto metafórico para adentrarnos en la denuncia que se hace a la religión católica y El Estado colombiano, que se constituye en el motivo de la obra: denuncia materializada en la llama del globo que representa el corazón de Jesús y su sangre, “la sangre que derramará Colombia por los siglos de los siglos, amén”. Así, el globo de papel sutil, deleznable, combustible, representa a Colombia, que, con tan solo una chispa de la llama, del corazón de Jesús, basta para que se incendie.

Sabaneta ya no es un pueblo, es un barrio de la capital del odio: Medellín. La virgen del Carmen ha transmutado, ahora es María Auxiliadora, la virgen de los salesianos; entre ellos el sacerdote y pedagogo italiano Juan Bosco, bondadoso corruptor de menores que imparte la enseñanza de la religión cristiana a los niños pobres. María Auxiliadora, la virgen de Sabaneta, preparada para recibir a los peregrinos, limosneros que van a pedir sus favores. Allí pululan los viejos que no tienen tiempo de trabajar por estar procreando, y los sicarios absorbiendo mitos y leyendas para poder vivir (Vallejo, 1994).

Los sicarios son religión pura, le piden a la virgen que no les falle la puntería; los sacerdotes también cumplen su papel, pues se encargan de imponer a los confesados el padrenuestro respectivo para cada asesinato como penitencia lavadora de pecado.

Atestada de iglesias como de cantinas, Medellín es una ciudad en “peregrinación” de almas en pena, en busca de iglesias para lavar los pecados, adueñarse de los cuerpos y continuar sin remordimiento; situación común en esta ciudad en donde impera la ley divina, reina la impunidad y en donde el único delito es haber nacido y no hacer parte del gobierno delincuente.

Así las cosas, resulta claro considerar que el verdadero problema que se presenta en la Medellín sin ley, ni orden, ni concierto, no es el pueblo zafio, sino el Estado, el poder y la Iglesia que no permiten salidas alternas como el trabajo digno

y la educación laica para tomar decisiones coherentes con el espacio en el que se vive. Situación muy bien aprovechada por el ejército y la policía que le ofrece al pueblo armas de fuego para que se aniquile en ese coctel de odio, pobreza y catolicismo; pero eso solo es “ficción”.

Piedra y cincel

El cuerpo consciente

“Oh, alma mía, no aspire a la vida inmortal,
Pero agota el campo de lo posible.”

Píndaro.

“Todos tenemos dos vidas, la segunda empieza cuando
Nos damos cuenta de que tenemos solamente una.”

Confucio.

He vivido en una sociedad con normas preestablecidas, las cuales he seguido al pie de la letra para encontrar el lugar que me toca; pero sucede que muchas de estas normas no se acomodan a las condiciones que busco para vivir una vida más justa y apacible. Consciente de mi entorno y de mi persona, he caído en la cuenta de que existen ciertos paradigmas sociales que se enfocan en puntos disímiles al anhelo de libertad que me brota por los poros; es por esto que me he dado a la tarea de escarbar en la memoria de mi propia carne para reencontrarme, redefinirme y no ser otro insensato más que acepta sin remilgo una ley extraña que le dicta cómo vivir.

¡Cuando ponemos en tela de juicio nuestras asunciones y nuestros prejuicios, todo nuestro mundo se pone de cabeza! Algunas veces aceptamos corrientemente y damos por sentado todo cuanto nos rodea: costumbres, normas, creencias religiosas, imperativos morales, modos de pensar y de actuar, pero pocas veces –o casi nunca– nos cuestionamos acerca de ellos. (Ramos, 2015, p.138)

Leyes, impuestas por factores como la religión, el Estado y la familia, que se me han adherido desde la niñez, han coartado mi deseo innato por la búsqueda del saber y me han encerrado en una especie de laberinto del que me cuesta salir, debido a las diferentes bifurcaciones y obstáculos que se presentan en este andar, pero las letras, el mundo de las ideas y la piel que cada vez clama por un poco más de sentido, me han dado el valor de querer saber e ir más allá; por ello, considero oportuno mencionar que la vida, con todo y sus vicisitudes, de la mano de los libros, la memoria y el deseo por decir, son indiscutibles elementos metodológicos que me ayudan a darle forma a esta propuesta creativa.

En esta medida, la apuesta es salir de la idea ensoñadora de escribir como alguien que construye una obra a partir de los sentimientos de angustia en soledad y entrar en una idea de autor como sujeto que tiene una práctica con el lenguaje y su relación directa con el cuerpo que vive en contacto con los otros. Es también, escribir acerca de mi entorno, de mi pasado, de las normas religiosas y de su incidencia en mi actuar para darme a conocer como un ser social que no pasa entero, sino que rumia: “El arte del rumiar es un mirarse a sí mismo, es la regurgitación y remasticación de uno mismo a partir de la lectura fisiológica.” (p.143); un ser consciente de la facultad efímera del tiempo; que no dice por decir, que cuestiona, interpreta y actúa.

En consecuencia y para ser claro en esto, confieso que desde niño me han gustado las mujeres. Recuerdo una noche en la casa del tercer esposo de mi madre, cuando jugaba al papá y la mamá con mi hermana y sus amigas. Yo tenía siete años igual que “mi esposa”, cuatro años menos que mi hermana y que su amiga quien a su vez hacía el papel de su esposo. Ellas, aprovechándose de su condición femenina heterosexual, decidieron que yo y mi esposa debíamos besarnos de verdad. Era la primera vez que lo hacía y en mi ingenuidad no le veía mucho problema al asunto; “mi esposa”, con más iniciativa, se lanzó y me besó en los labios; esto, más que un beso, fue un pico que me bastó para querer un poco más.

Esa noche, se quedaron en nuestra casa y pude dormir plácidamente al lado de mi primera novia; nos besamos hasta quedarnos dormidos y hasta el día de hoy no la he podido sacar de mi cabeza. Ya lo dice Onfray (2002): “Desde que dos cuerpos infantiles se tocan, escriben las primeras páginas de una historia llamada a repetirse probablemente durante toda la existencia” (p.31). Aunque jamás la volví a ver; su recuerdo fresco duró unos buenos años y los encuentros con otras mujeres siempre fueron bajo la remembranza de aquel momento, pero al darme cuenta de la diversidad de lenguas, colores y sabores, su imagen se fue disipando. Ahora está en mí como el mejor inicio de mi relación con los otros; Onfray lo plantea de la siguiente manera.

Así pues, mi visión del mundo sexuado hunde sus raíces en las imágenes disponibles de los primeros momentos de mi existencia: pieles, contactos, emociones y sensaciones primeras, voces, caricias, gestos y signos iniciales. Igualmente, las faltas, los fallos, defectos y carencias originarias dibujan en mis órganos una red que luego mi existencia tomará para drenar las informaciones, decodificarlas y examinar todas mis aventuras afectivas y amorosas, libidinales y sensuales. Mi carne atravesada por flujos almacena los datos con los cuales se define y se fija mi naturaleza. (p.27)

Mi cuerpo sexuado ocupa un espacio específico en un lugar determinado; soy un ser consciente de la sociedad que me rodea, de sus normas y sus leyes; un individuo que rompió el cascarón y salió a conocer el mundo con todo y los paradigmas que me dictaban cómo vivir, y, debido a las incoherencias e inestabilidad de los mismos, me fue indispensable hacer una pausa para observarlos con detenimiento. Es en este ejercicio que, valiéndome del instrumento de la memoria, recurro a mi pasado caótico, envuelto en el catolicismo, para evidenciar los elementos que estancaron mi necesidad de saber y de sentir; y así, bajo el pretexto de la literatura, reconstruyo el dogma que me atormenta para reencontrarme con el cuerpo y la libertad; esto, teniendo en cuenta que, como aclara Hernández (2017):

La búsqueda de algo perdido es, sin duda, el origen de la memoria; algo perdido e irrenunciable que puede darse en diferentes maneras, o más bien, en diferentes grados. Es algo que necesita ser mirado nuevamente. Mas, esta necesidad, imperativa hasta el sacrificio, es propia de la función de ver y de verse que el ser humano padece antes que ejercita. Ver lo que se vive y lo vivido, verse viviendo, es lo que íntimamente mueve el afán de conocimiento, lo que de un modo directo o dando un rodeo lo conduce. De ello se conduce que la primera forma de visión sea la memoria y el conocimiento fruto de ella -fruto y raíz, y que ella [...]. Sin esta nueva visión, lo vivido no tendría de verdad carácter de vida, sería un simple pasar sin renacer. Y sin renacer nada es del todo vivo. (p.109).

Y es esto es precisamente lo que hago, llevado por el deseo: me remito a la memoria para encontrar en ella los elementos que posibilitan hacer las paces con mi

pasado, reescribirme y otorgarle al cuerpo sexuado el lugar que se merece; para ello, fue indispensable concentrarme en las ideas que Gilles Deleuze, valiéndose de la obra de Marcel Proust, expone sobre los “signos” que nos llevan a aprender a través de la memoria y el pasado, a saber: *Mundanía, Amor e Impresiones sensibles*; esto debido a que, aunque mi propuesta creativa no pretende ser una fiel copia de experiencias personales, sí se remite a la remembranza del pasado para visualizarlo de manera objetiva; y con ello, establecer las bases para el reconocimiento de paradigmas y buscar la libertad.

De acuerdo con Deleuze (1973): “Proust concibe su obra como un instrumento o una máquina capaz de funcionar eficazmente, productora de signos de diferentes géneros que deben provocar un efecto sobre el lector” (p.4). Y es esto, precisamente lo que anhelo. No pretendo que las ideas expuestas en mi narración se queden en meras anécdotas vanas o que solo tengan sentido para quien cuenta, sino que logren transmitir algo al lector y puedan generar en él efectos acordes a la idea del aprisionamiento del cuerpo sexuado permeado por paradigmas sociales; pero, ¿a qué signos y a qué efectos específicos me refiero?

En primera instancia, con Deleuze tengo en cuenta la unidad: *À la Recherche du temps perdu (En búsqueda del tiempo perdido)*; la cual, de acuerdo con el autor, no hace referencia a la memoria ni al recuerdo incluso involuntario, y tampoco es un simple esfuerzo por recordar; la Recherche –la búsqueda– es una exploración de la memoria, y esta búsqueda debe tomarse en sentido literal y preciso: es una búsqueda de la verdad. En mi caso, el objetivo no es la mera rememoración de vivencias sino reconocer lo que perdí en ellas y así darle cabida a la aprobación o refutación de mi hipótesis en la cual veo una fuerte influencia del catolicismo en la estigmatización del cuerpo.

Así, como Proust lo hace, tomo la memoria como un instrumento de búsqueda y el tiempo pasado interviene como una estructura temporal, pero ninguno de estos dos se convierte en el factor esencial de dicha búsqueda, puesto que “No se trata de una exposición de la memoria involuntaria, sino de la narración de un aprendizaje” (p.12). Es decir, aquí no basta con la mera contemplación o rememoración de los hechos pasados conscientes o involuntarios, sino en lo que de dichos recuerdos me

aferro para obtener un aprendizaje. La memoria es superada por los principios y fines del aprendizaje que aboga por el futuro y no por el recuerdo, y el pasado es el instrumento que en su evocación vislumbra el saber que me permite avanzar.

Aprendo a través del instrumento de la memoria y los signos que se resguardan en ella; el signo es el elemento o factor que reemplaza o me remite a algo más, como el color rosa que aparece en las mejillas de una persona después de recibir un halago y que puede significar timidez. Para Deleuze, el signo es un objeto de aprendizaje temporal, como en el ejemplo mencionado, algo que observamos y al valorarlo nos remite a otra cosa, el rubor en este caso, temporalmente nos enseña la timidez: “Para Marcel Proust el sabor de una magdalena mojada en el té abría bruscamente un inmenso abanico de recuerdos aparentemente olvidados” (Cortázar, 1971, p. 410). En mi ejercicio de escritura, la memoria me remitió a varios signos ligados al dogma católico tales como la desesperación, la angustia, la depresión, entre otros, de los cuales me aferré con fuerza, puesto que me permitieron observar en detalle la incidencia de los paradigmas en mi entorno y en mi persona.

En este proceso, fue necesario abordar objetos, formas, seres, ideas y demás elementos evocados, como signos incomprensidos que debía descifrar e interpretar, porque, aunque tenían la apariencia de valerse por sí mismos y con ello me podía conformar; caí en la cuenta de que, muy adentro de los mismos, se escondía la esencia que me permitiría comprender las consecuencias de ese paradigma que aún no lograba descifrar. “Todo acto de aprender es una interpretación de signos” (Deleuze, 1973, p.12). En esto, es impreciso decir que me valí únicamente de experiencias personales; la investigación exhaustiva que hice sobre el rol de la religión católica en la sociedad, me permitió corroborar que el estigma es algo que toca a muchos y que vale la pena prestarle atención.

Dicho esto, me atrevo a asegurar que mi ejercicio creativo no es una mera exposición de la memoria, sino que se basa en el aprendizaje mediado por la interpretación de signos; la búsqueda se enfoca en los signos de los tiempos encontrados y estos signos, mediados por la pluralidad de los mundos que los rodean, no son todos iguales, ni se dejan estudiar de la misma forma porque cada

uno emite sentidos diferentes; así, no bastó con enfocarme en los seres, materias, formas e ideas, en sus estados concretos, ya que de esta manera no me decían nada; por el contrario, fue necesario estudiarlos a fondo para reconocerlos, evaluarlos y escribirlos: “No se descubre ninguna verdad ni se aprende nada a no ser por desciframiento o interpretación” (p.13). Para esto, en el *Cuaderno de notas*, el capítulo dos de mi obra, tuve en cuenta aspectos tales como la madurez mental del diarista en las diferentes etapas de su vida, las épocas de escritura, la evolución de su gramática, su caligrafía, su sintaxis, el flujo de consciencia y el escribir por escribir; elementos que, además de justificarse en el diario por su calidad de ser escrito sin pretensiones de ser leído, logran darle a la obra una mayor verosimilitud y facilitan un acercamiento a los diferentes signos que se pretenden mostrar.

Como dije arriba, Deleuze menciona tres mundos a propósito de la búsqueda. El primero es “la mundanidad”, el cual se refiere al mundo con todo y sus frivolidades y placeres, sin ocultar nada, sin desmeritar nada: “No hay medio que emita y concentre tantos signos, en espacios tan reducidos y a una velocidad tan grande” (p.14). De acuerdo con nuestro autor, los signos mundanos son inmensos, en ellos reside un sinnúmero de significados que, bajo la lupa de un inexperto, pueden quedarse en la nada: “El aprendizaje sería imperfecto, e incluso imposible, si no pasase por ellos. Están vacíos, pero esta vacuidad les confiere una perfección ritual, un formalismo que no se encontrará en ningún otro lugar” (p.15); por ello, se hizo necesario el estudio minucioso de estos signos y de sus significantes para plasmarlos en la obra y dejar en el ambiente ese tufillo que le permitiera al lector identificarlos de manera acertada y visualizara el efecto de los paradigmas expuestos en la vida de los personajes.

En mi narración, muestro en repetidas ocasiones esas escenas, lugares e historias que no tendrían cabida si no es en el mundo de la mundanidad; con lo cual, logro que las acciones de los personajes y sus diálogos se desarrollen con toda naturalidad y así afloren los signos necesarios. Estos signos no se refieren a la postura espiritual e intelectual que se esperaría de un hombre de letras, pero encuentran en la diversión, en la desazón y en los placeres el sino de la vida. Recalco que, aunque en este ejercicio de creación, dichos signos pueden saltar a la vista, no son explícitos,

sino que pretenden ser parte del subtexto y por ende requieren de la atenta atención del lector para identificarlos.

En el mismo horizonte, encontramos el mundo del Amor, este consiste en la individualización, que, mediado por el enamoramiento, se hace de alguien por los signos que este emite; es sensibilizarse con estos signos y convertirlos en aprendizaje: “El amor nace y se alimenta de interpretación silenciosa. El ser amado nace como un signo, un “alma”: expresa un mundo posible desconocido para nosotros. El amado implica, envuelve, aprisiona un mundo que hay que descifrar, es decir, interpretar” (p.15). Quien ama está atento a los signos que emite el ser amado para descubrirlo, así muchas veces no quiera saber; y el amado se esfuerza por mantener oculto aquello que considera perjudicial para quien lo ama.

Deleuze aclara que el amor se identifica con la pluralidad. Para tratarlo y si queremos aprender de él, debemos darle cabida a la multiplicidad de almas que se relacionan con los seres amados, en este mundo no somos más que uno entre muchos otros. Por ello, en el mundo del amor, los celos tienen un pedestal en donde se posicionan con firmeza; sabemos que los seres amados tienen en su haber cierta cantidad de cuerpos que indudablemente han formado su percepción amorosa y en este juego del amor, intentamos identificarlos y comprenderlos, pero el ser amado no da espacio para su descubrimiento, por la certeza que tiene del poder de los celos, y miente porque no quiere y no puede hacernos saber; esta mentira son los jeroglíficos, los signos del amor que dolorosamente queremos descifrar. En este mundo, sobre los demás, tiene cabida Alberto, personaje principal, quien, sesgado por los paradigmas religiosos, es incapaz de tolerar a su amada en los brazos de otros hombres; el poliamor y el amor libre no caben en su cabeza y por ello, decide entregarse al vicio y a la vida en soledad.

El tercer y último mundo es de las Impresiones o cualidades sensibles que nos proporcionan gozo. Estas cualidades no son propiedades de los objetos que las poseen sino de los signos que debemos descifrar. Aquí, nos preguntamos las razones por las cuales determinados objetos, seres o materias nos llaman, y por ello nos acercamos a ellos para estudiarlos: “‘Desenvolvemos’ esta cualidad, esta impresión

sensible, como un papelito japonés que abriéndose en el agua liberaría la forma prisionera” (p.20). Los objetos nos producen una impresión que en un principio no podemos definir, nos acercamos a ellos y en su estudio detallado evidenciamos sus formas reales, descubrimos su verdadera belleza y los signos aparecen. En la obra, menciono objetos como el ajedrez que se convirtió en una especie de amigo confidente con el cual el escribiente puede contar debido a las innumerables historias, recuerdos y sensibilidades que el objeto trae consigo.

Juntos: Mundanidad, Amor e Impresiones sensibles, de la mano de la memoria consciente y la búsqueda del aprendizaje, le dan sentido a la escritura de mi obra y le abren paso a...

La construcción del molde

“De entre los innumerables efectos o impresiones
de que son susceptibles el corazón, el intelecto
o (más generalmente) el alma,
¿cuál elegiré esta ocasión?”
Édgar Allan Poe

En su “Filosofía de la composición”, el escritor Édgar Allan Poe, se pregunta por cada uno de los elementos que conforman uno de sus más conocidos poemas: “El cuervo”. Debo confesar, que antes de entrar en su lectura, pensaba en el escritor como el dios todopoderoso que, con tan solo el tronar de sus dedos, creaba las obras más maravillosas que el hombre pudiera observar; o en un ideal menos glorioso, veía en él esa especie de genio que rara vez viene al mundo a sacar a relucir la belleza absoluta que se esconde al ojo común; pero, luego de adentrarme en su filosofía, supe que, hasta el hombre más avezado, reconoce una metodología para el desarrollo de sus ideas artísticas, cuestión que, aunque me obligó a ver al escritor en una forma más humana, no disminuyó mi admiración más sincera ante su poderosa pluma; sino que, además de darme alas negras, me incitó a la escritura mediante la planeación minuciosa para no dejar cabos sueltos y así llegarle de manera certera al lector.

En primer lugar, Poe se pregunta si la mejor forma de lograr un efecto contundente en su obra es mediante la creación de un tono melancólico o por los incidentes ordinarios que ocurrirán en su obra; para ello, hace hincapié en el placer más intenso que es la contemplación de lo bello y cree que, además, es indispensable el alcance universal; es decir, algo que pueda llegar al oído y a la visión de todo el mundo, y ¿qué mejor para lograrlo que la contemplación de la belleza de la mujer amada y la melancolía por su muerte?, el más sublime de los tonos poéticos, según el autor. En mi texto creativo, pretendo crear este efecto mediante la visualización de la belleza física e intelectual femenina representada en Sofía, en contraposición con la imposibilidad de Alberto para amarla debido a los dogmas arraigados con tanta fuerza en su mente; efecto que, al estar ligado al ideal monógamo de nuestra sociedad, puede producirse en varios lectores.

En segundo lugar, Poe se pregunta por la extensión de su obra, la cual, debe dar para ser leída en una sola sentada para que no pierda el efecto y no se impregne de otros factores, característica de la que también me aferro ya que, como diré más adelante, mi intención es crear un cuento libre de ripios, que logre capturar al lector de principio a fin; puesto que, como bien lo menciona Cortázar (1971): “El cuentista sabe que no puede proceder acumulativamente, que no tiene por aliado al tiempo; su único recurso es trabajar a profundidad” (p. 407). Así, es mi intención no extenderme en la descripción y análisis de ideas y elementos innecesarios, que afeen la obra o que agoten al lector, para que esta pueda ser leída sin interrupciones y se logre crear el efecto de contemplar y sentir a los personajes (que buscan fervientemente la libertad del cuerpo) atrapados en el dogma religioso.

En tercer y último lugar, en la filosofía de Poe, los labios melancólicos más adecuados son los que han perdido a su amada; en mi texto, estos labios son los de Sofía que no volverán a besar a su amante; son los de Alberto que al no soportar que otros hombres se acerquen a Sofía, decide hacerse a un lado y vivir en soledad; esa es la consecuencia directa del dogma.

Luego, al analizar y decantar cada uno de los factores sociales, literarios y subjetivos necesarios para el desarrollo de mi obra, debía pensar en la totalidad de los elementos que harían posible el texto creativo. Sabía que, al recurrir a la memoria, bebería de experiencias personales para la construcción de la trama y de

los personajes que se desenvolverían a lo largo de la narración; aun así, no quería que este ejercicio se convirtiera en una simple rememoración de mi pasado sino, en conjunto con los diferentes hallazgos de mi investigación, sobre la influencia del catolicismo en la estigmatización del cuerpo sexuado, y mi necesidad por contar, lograr la escritura de un texto en el que fuera evidente el poder que, aún en nuestra época, ejerce esta secta religiosa en la sociedad, y de paso, crear un espacio de reflexión y disfrute en lo que se contaría. Para lograrlo, quise tomar solo una porción de la realidad representada en las vidas caóticas de Alberto y de Sofía; allí centraría toda la tensión de la obra, lo cual hice con la intención de sugerir la interpretación de un mundo más profundo, tal como Cortázar (1971) lo menciona al comparar el cuento con una fotografía.

Fotógrafos de la calidad de un Cartir-Bresson o de un Brassai definen su arte como una aparente paradoja; la de recortar un fragmento de la realidad, fijándole determinados límites, pero de manera tal que ese recorte actúe como una explosión que abre de par en par una realidad mucho más amplia, como una visión dinámica que trasciende espiritualmente el campo abarcado por la cámara (p. 406).

Así, desde el principio, supe que escribiría un cuento y no una novela. Entendí también, que debía crear espacios en donde la doble moral sobre el cuerpo sexuado y los tabúes arcaicos no existieran, lo cual fue posible mostrar en las visiones de mundo de los personajes alejados de cualquier tipo de religiosidad y enfocados en el poliamor y el sexo libre; en contraste, creí necesario mostrar los actos abusivos sobre el cuerpo que pululan en nuestra sociedad y contra los cuales debía luchar.

Antes de iniciar la narración, me interesé por el tono y por cómo iba a ser contada la historia; imaginaba las voces, tanto de los personajes como del narrador; aquí, es indudable la influencia que ejerció en mí la pluma del Marqués de Sade, la cual, a su vez, está permeada por el materialismo ateo que, desde luego, apuesta por la libertad y el amor propio para lograr la felicidad. En esta filosofía, en contraposición al amor católico; el vicio, entendido como el placer de la vida terrenal, es la verdadera virtud; aquí, el miedo a los castigos de un dios omnipotente desaparece y el pensamiento religioso está muy ligado a la esclavitud, y por ende hay

que alejarse de él, luchar contra él y mejorar el pensamiento humano para hablar con toda sinceridad.

Según decís, mi manera de pensar no puede ser aprobada... ¿y eso qué me importa?... El que adopta una manera de pensar en función de la de los demás está rematadamente loco. La mía es el fruto de mis reflexiones; forma parte de mi existencia, de mi constitución, y no soy dueño de cambiarla. Pero aunque lo fuera, no lo haría. Esta manera de pensar que vos condenáis es el único consuelo de mi vida; mitiga mis penas en prisión, representa todos mis placeres en el mundo, y la aprecio más que a mi propia vida. (De Sade, 2010, p.29)

Así, quería salirme de la idealización de la escritura, no como aquella mujer negra que escribe historias sobre mujeres blancas que comen manzanas en un lugar en donde no hay mujeres blancas ni se dan las manzanas, sino como el hombre que, consciente de su adoctrinamiento religioso, escribe aferrándose a su realidad individual y a su entorno social. Para lograrlo, me di a la tarea de crear personajes del bajo mundo, que conocieran la calle, las inclemencias de la pobreza y la brutalidad del poder religioso y político; con ello, ya tenía las voces en los diálogos; era clara mi intención de que sonaran naturales, que fueran voces de verdad para ayudar a los lectores a transportarse a los espacios mostrados en este teatro de la mente que es la literatura.

No obstante, sabía que las conversaciones en la vida real no son perfectas, que en ellas no se sigue una especie de protocolo que respete el turno de la palabra, que todas las veces no se utilizan tonos adecuados para evitar malentendidos entre los interlocutores, ni se piensa demasiado antes de opinar sobre un tema específico, entre otras, sino que, las palabras fluyen con naturalidad; en la vida real, las personas se interrumpen entre sí; en sus conversaciones se producen cortos o prolongados silencios; unos terminan las oraciones de los otros; las ideas se quedan en el aire o sin terminar, las palabras se olvidan, etc., y eso fue lo que plasmé en el papel. En ningún momento pretendí crear escenas con diálogos perfectos; por el contrario, me remití a cada uno de los personajes, me proyecté en ellos y los plasmé humanos para romper barreras entre el lector y el texto.

Intenté que los personajes se desarrollaran a lo largo de la narración, objetivo que quise lograr mediante la descripción de los espacios en donde se desenvolvían, la ropa que usaban, los libros que leían, la música que escuchaban, etc., esto fue posible con la ayuda de preguntas que les hacía como: ¿cómo son físicamente?, ¿dónde viven?, ¿qué guardan en la mesa de noche?, ¿qué han hecho con sus vidas?, ¿dónde viven sus padres?, ¿qué estudiaron?, ¿cuáles son sus pasatiempos?, entre muchas otras.

Así mismo, las construcciones gramaticales de cada uno debían adecuarse a sus personalidades y aunque soy consciente de que, como dice Vallejo en el Logoi: “La prosa es como una lengua extranjera opuesta a la lengua cotidiana” (1983, p.11), y por lo tanto debe alejarse del coloquio, en mis pretensiones, quería sonar lo más natural posible para evitar el lirismo excesivo, no sonar artificioso, buscar autenticidad y enfocarme en contar la historia.

En “Mentira” y en “Enigma”, los capítulos primero y tercero, quería que la conversación fuera fluida; para lograrlo, decidí darle poco espacio al narrador y lo introduje en los espacios estrictamente necesarios; su visibilidad, sobresale, sobre todo, en los inicios; allí pensé en su intervención haciendo viñetas, como el paso a paso que se especifica en una escena de teatro, lo cual me permitió crear imágenes claras.

En estos capítulos, decidí trabajar con un narrador en tercera persona para lograr el distanciamiento y la objetividad; característica que no concuerda con el “Cuaderno de notas”, el capítulo dos, puesto que por su condición de diario debía ser contado en primera persona y recurrir al monólogo interior y al flujo de consciencia para escuchar la actividad mental del personaje en las diferentes facetas de su vida, así como ver su gramática y la evolución de su escritura, y lograr entrar en el lector desde la subjetividad y la sinceridad de quien cuenta, para ayudarlo a descubrir el enigma que se presenta a lo largo del cuento.

Con el diario busqué la inmediatez; es decir, traté de que las historias allí mostradas fueran el resultado de impresiones momentáneas, no recuerdos, como se muestra en una autobiografía, sino ideas recientes en cada una de las edades del escribiente. Por ello, aunque en su lectura puede verse cierta secuencialidad en la narración de los sucesos, el lector encontrará ideas sueltas de diversa índole, que el

diarista plasma sin ninguna intención particular; esto, creí, le daría más fuerza al diario. Allí, jugué con la tipografía y la ortografía, y decidí poner una fecha específica en cada una de las entradas del escribiente para hacer notoria la evolución de su escritura a lo largo de su vida. También, consideré importante interrumpir la lectura del diario con breves comentarios de Sofía sobre el mismo y por situaciones de segundo plano que le darían un tinte de credibilidad al cuento.

La “monotonía”, por su parte, era algo de lo cual quería deshacerme; así que, en el “Cuaderno de notas”, intenté reproducir anécdotas de diversa índole como el amor, el dolor, la muerte, entre otras; con ello, me propuse que el lector se identificara en varios aspectos con el personaje para, lentamente, llevarlo al desenlace de la historia. En “Enigma y Mentira”, quise evitar la monotonía al darle a cada capítulo un lapso de no más de un día para alejarme de explicaciones y caracterizaciones excesivas y así poder recrear cada una de las partes que consideré necesarias en estos apartados.

En la búsqueda de la coherencia, cohesión, lógica y orden en el esqueleto del texto, creí pertinente empezar *in media res* o, en la mitad de la historia; no quería entrar de lleno con el diario sino, abrirle un espacio previo para que el lector quisiera saber qué era lo que estaba allí plasmado. Necesitaba crear un personaje que me sirviera como antesala para abrirle el espacio al personaje principal. Luego, en el “Cuaderno de notas”, era menester construir una secuencia temporal lógica y creíble que llevara a la idea de una muerte producto de las falacias del dogma; para ello, narro cómo desde la niñez del diarista, la influencia de los paradigmas religiosos, en la toma de sus decisiones, se hacen evidentes y poco a poco lo van llevando a una especie de desazón y sentimiento absurdo sobre el cuerpo y la vida.

Finalmente, me esforcé por crear el espacio para que Sofía saliera a reforzar las respuestas sobre la muerte de Alberto y de paso darle cabida a uno de los objetivos primordiales de la apuesta creativa que aboga por la libertad del cuerpo.

El desenlace es fatal, en él, Alberto fracasa en su lucha contra el dogma católico y termina como una víctima más del mismo; Sofía, aunque consciente y dueña de su cuerpo, se muestra fragmentada ante la injusta idea de haber perdido al único hombre que en verdad la amó. Este es el golpe contundente al que hacía referencia arriba y que espero haber logrado.

Desde el principio, este ejercicio de escritura fue mediado por el deseo y la necesidad de contar una verdad social que, en mi individualidad, creí fervientemente, debía ser contada por las razones que con insistencia se han expuesto. El compromiso total de una persona es una garantía indesmentible de la verdad y de la necesidad de su obra, por más ajena que esta pueda parecer a las circunstancias del momento (Cortázar, 1971, p. 414). Con esto claro, lo primordial era la creación de un personaje sujeto al dogma católico desde su niñez y que, guiado por las incoherencias y preguntas que esta doctrina le generaba, en el transcurso de su vida, lentamente iba dejando atrás cada uno de los paradigmas absurdos que lo reglamentaban; lo cual lo llevaría al borde del suicidio debido a la inestabilidad emocional que el repensarse como sujeto sin Dios ni credo le generaba; para ello, la excusa perfecta, era la escritura de un diario en donde dicho personaje contaría sus experiencias, y así se hizo; pero en el desarrollo de la historia cobró vida un segundo personaje: “Sofía”, quien, debido a que en su construcción fue adquiriendo características psicológicas y morales que daban rigor a la temática del cuento, al estar fuertemente ligadas al catolicismo y su dogma, terminó ocupando un espacio importante en la trama y, ¿por qué no decirlo?, estar a la par de “Alberto” y hasta superarlo.

Finalmente, es importante mencionar, que, al empezar la escritura del cuento, tenía claro que me movería bajo la idea de mostrar a Sofía en la búsqueda de respuestas sobre la muerte de Alberto, su exnovio, a quien no veía hacía tiempo y a quien amaba profundamente, y en este transcurrir de ideas y recuerdos, se hilaría la trama. La duda principal estaba en cómo matar a Alberto, si lo más acertado era hacer que se suicidara por su desazón frente al mundo o que lo matara Ricardo por celos, y, a ciencia cierta, los dos desenlaces pueden darse; aquí, no digo más y le doy al lector la libertad de otorgarle al cuento el desenlace que crea conveniente.

*La religión es un insulto a la dignidad humana.
Sin ella, habría gente buena haciendo el bien
y gente mala haciendo el mal.
Pero para que gente buena haga el mal,
se necesita la religión.
Steven Weinberg*

Conclusiones

Al iniciar la Maestría en Literatura, mis deseos por narrar estaban a flor de piel, esa fue una de las razones por las cuales decidí entrar al programa; consideré oportuno conocer cada uno de los elementos, estrategias y metodologías del quehacer literario, ¿y qué mejor para lograrlo que hacerlo de la mano de los expertos en la materia de la Uptc? En estos primeros pasos, agotado por la angustia existencial y un sentimiento absurdo que empezaba a brotar en mis adentros, estaba enfocado en recurrir a la memoria y a mi entorno social para mostrar mis inconformidades con el mundo y sus paradigmas. Quería sentarme enfrente del papel y dejar que las ideas, permeadas por mi subjetividad, fluyeran.

Fue allí donde tropecé con la punta del iceberg; puesto que, de la mano de los docentes, caí en la cuenta de que, para contar, además de ser necesarias las ganas de decir y el tener qué decir, era necesario realizar una investigación juiciosa sobre la problemática que me interesaba para poder narrar sobre bases fuertes. En este proceso, corroboré la importancia de leer, escuchar, entender y criticar constructivamente a otros para observar desde distintas perspectivas el objeto de estudio; así, logré una mejor comprensión de la religiosidad y el dogma como factores sociales, con lo cual, pude estructurar mi trabajo de manera clara.

En esta investigación, encontré que la iglesia católica juega un papel importante en la visión de mundo de sus adeptos, que no solo les dicta cómo vivir, sino que les imparte una serie de consignas que se suponen divinas y por ende irrefutables, y les impide un adecuado reconocimiento de la libertad de sus cuerpos. De la misma manera, comprobé que esta secta religiosa y su dogma de fe ha estado inserto en mí desde mi niñez y se ha inmiscuido en las decisiones que he tomado frente a mi propio cuerpo y mi existencia. Observé cómo las ideas permeadas por los paradigmas católicos afloraron en mí y durante mucho tiempo me cegaron; además, supe que en esto no soy el único, que aun en nuestra época hay muchas personas subyugadas por paradigmas religiosos y políticos y me di cuenta de la importancia de seguir con este inquietante quehacer investigativo que nos abre las puertas a nuevos mundos y nos acerca cada vez más al libre pensar y al libre actuar.

Una de las principales inquietudes que tenía al inicio de este trabajo era saber si podría zafarme, al menos de una parte, del dogma que estaba tan aferrado en mis entrañas. Ahora respondo que sí fue posible y esto es algo de lo cual me enorgullezco fervientemente; puesto que, gracias a la investigación en general y a la teoría de Deleuze en particular, pude reencontrarme con los signos ocultos en mi memoria y, luego de la observación objetiva que hice de los mismos, pude plasmarlos en mi obra y así logré hacer las paces con una gran parte de mi dogmático pasado.

Finalmente, cabe resaltar que, tanto en el desarrollo de esta investigación como en la escritura del texto creativo salta a la vista la necesidad y el valor de haber construido este proyecto; puesto que, en ellos tuve la fuerza de enfrentarme a mi propio ser y a mi propia existencia, y vi la necesidad de repensarme como un sujeto que tiene el deber social de desnudar la injusticia e incentivar en los posibles lectores de mis ideas la búsqueda de sus propias libertades.

Referencias

- Allan Poe, É. (1845). Filosofía de la composición.
- Bauman, Z. (2008). *La sociedad sitiada*. Cultura libre.
- Bernal, IC, Ospina, M. y Rincón, C. (2019). Poliamor. Estudio en las ciudades colombianas de Medellín y Pereira. *Hojas y Hablas*, 17, 12-27.
DOI: 10.29151/hojasyhablas. n17a1
- Bryce, A. (1999). Cortázar, el cuentista. Monteagudo, N.º 4 (1999).
- Camus, A. (1985). El mito de Sísifo. El libro de bolsillo.
- Cortázar, J. (1971). Algunos aspectos del cuento.
- De Sade, M. (2010). *Justina o los infortunios de la virtud*. Madrid: Letras universales
- Esguerra, M. y Quintana, A. (2017). “‘Tu vida también es mi país’: sexualidades disonantes y fugas de género en Liliana Felipe y Jesusa Rodríguez”. *Cuadernos de Música, Artes Visuales y Artes Escénicas*, 13 (1): 61-84.
<https://doi.org/10.11144/javeriana.mavae13-1.tvte>
- Echeverría, E. (1871). *El matadero*. País, editorial.
- Fernández, N. (2002) *Mapocho*. País, editorial.
- Garcés, E. (2019). Las mujeres colombianas, su lucha por romper el hielo: Mi ser: mi vida. Editorial Universidad del Rosario.
- García, B. (2016). Sororidad en la literatura mozambiqueña: un análisis de la novela Niketche. Una historia de poligamia. *Asparkia*, 28, p. 23-31.
<http://hdl.handle.net/10234/165938>
- Gil, D. (2012). Elogio de la diferencia. *Revista uruguaya de Psicoanálisis* (en línea), 115, 15-45. <https://www.apuruguay.org/apurevista/2010/16887247201211502.pdf>
- Hernández, O. (Ed). (2017). La religiosidad en María Zambrano. D.F: Ediciones La Biblioteca, S.A de C.V.
- Manzoni, C. (2015). Una narrativa al borde del abismo. Casi todos los cuentos de Horacio Castellanos. Repositorio Universidad Javeriana. 19(38), 450-461.
<https://doi.org/10.11144/Javeriana.cl19-38.unba>
- Miqueo, C. (30 de junio de 2016). Relatos de vida sexual convencional en el tardofranquismo. Dialnet.
<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5789100>

- Montes, M. (1989). Monogamia y poligamia: contrapunto de Pío Cid. https://kb.osu.edu/bitstream/handle/1811/76355/1/EC_V2N4_061.pdf
- Morris, D, Aleu, J. F. (2004). El mono desnudo. Random House Mondadori.
- Onfray, M. (2002). Teoría del cuerpo enamorado. Grasset and Fasquelle
- Platón. (1992) República, libro VII, ed. Gredos. (Traducción de C. Eggers Lan). <http://www.unsam.edu.ar/escuelas/ciencia/docs/Platon%20El%20mito%20de%20la%20ocaverna%20-%20Admisi%C3%B3n%20IEU.pdf>
- Pinzón, H. (2014). Cuerpos, expresiones y emancipación: habitando el lenguaje en la literatura. Enunciación, 19(2), 282-291. <http://dx.doi.org/10.14483/udistrital.jour.enunc.2014.2.a08>
- Ramos, D. (2019). El cuerpo como apertura a la triada: sexo, género y deseo en algunas prácticas del arte contemporáneo. Revista de investigación en el campo del arte 14(25), pp. 114-123. DOI: <https://doi.org/10.14483/21450706.14053>
- Ramos, J. (2015). El cuerpo y la lectura rumiante en Nietzsche. Revista de Artes y Humanidades UNICA 16(41), pp. 137-147.
- Real Academia Española. (2019). Diccionario de la lengua española (23.a ed.). Consultado en: <https://www.rae.es>
- Rincón, C. (2018). ¡Cánsate cuerpo! [Tesis de licenciatura, Universidad Distrital]. RIUD. <http://hdl.handle.net/11349/15345>
- Ruiz, L. (2017). Prostitución: una vuelta y un decir. [Tesis de maestría, Universidad Distrital Francisco de Caldas]. RIUD <http://hdl.handle.net/11349/13528>
- Sánchez, D.F (2014). Hernando Téllez: cuentos en un pueblo feo, católico y sentimental. Sombralarga. Recuperado el 11 de junio de 2020 <http://www.sombralarga.com/articulo.php?numeroArt=4&articulo=30>
- Sánchez, M. Á (2014). El discurso religioso presente en la narrativa contemporánea como formador de identidad. Revista Nuevo Humanismo, 2(1), 65-70. <http://dx.doi.org/10.15359/rnh.2-1.5>
- Vallejo, F. (1994). *La virgen de los sicarios*. Alfaguara.
- Vallejo, F. (1983). *Logoi. Una gramática del lenguaje literario*. Fondo de cultura económica
- Zuleta, E. (1994). Elogio de la dificultad: Tribulación y felicidad del pensamiento. Fundación Estanislao Zuleta.

